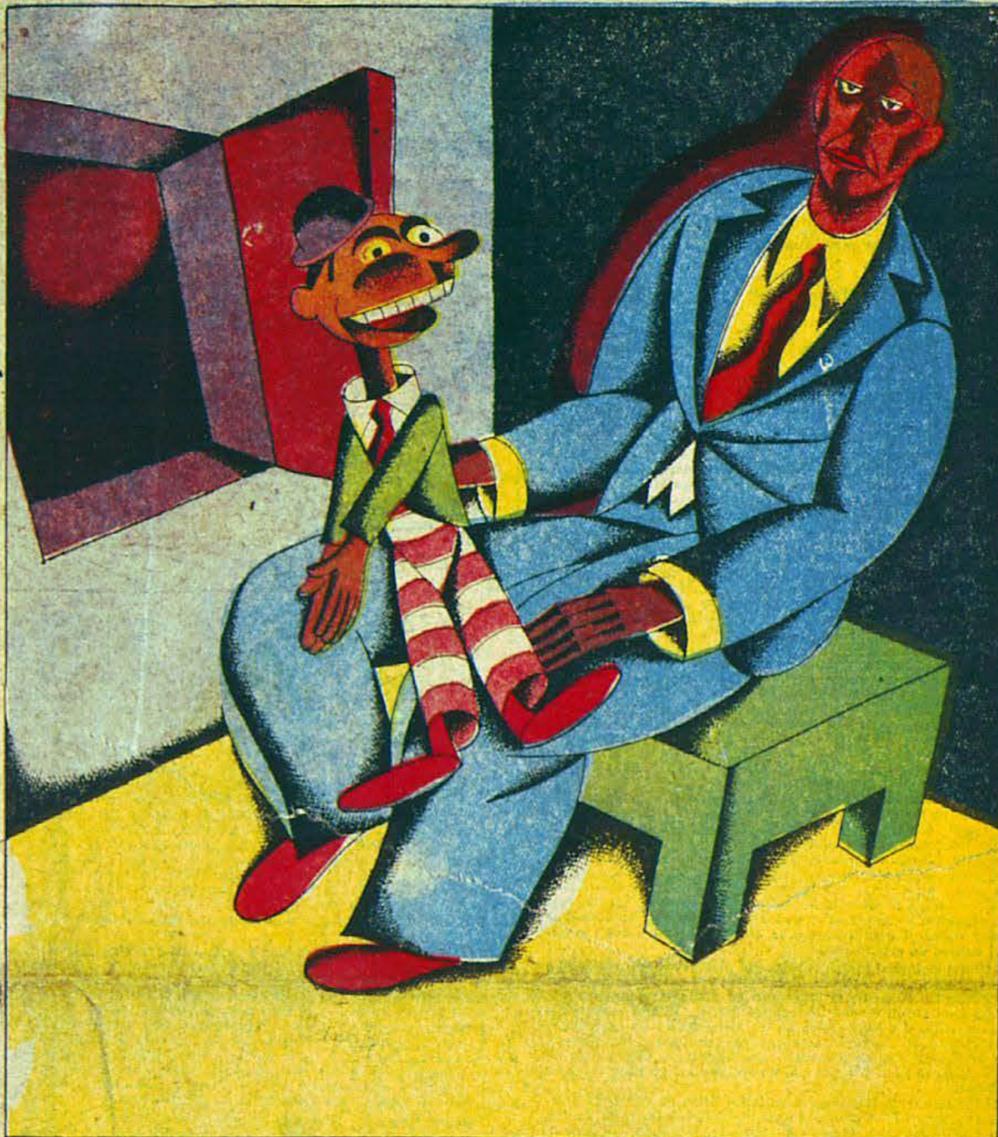


Los Tres Evadidos de la Realidad



Los tres personajes de la infancia, a quienes seguimos admirando los que prolongamos aquella en la intimidad de los sueños; los que creemos que todo, fábula o evidencia, es realidad; los que sabemos dar vuelta a la baraja de lo cierto y lo posible, de lo sublime y lo grotesco; los que conocemos las siete posturas de la luna: son el tony, el ventrílocuo y Carlitos, que habitan en los dos lados de la estrella, porque sólo son absolutamente desgraciados los que no sienten cuándo es la sonrisa y cuándo es el sollozo.

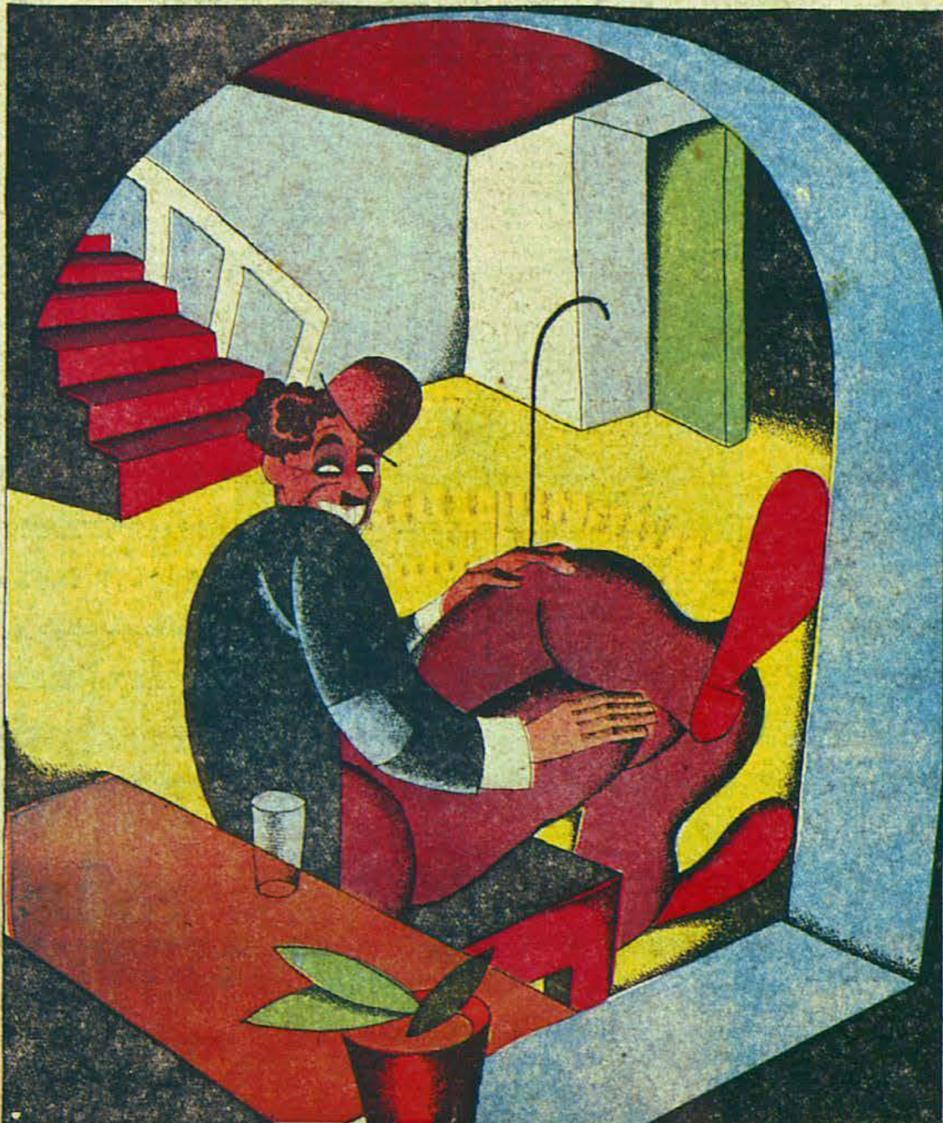
★

Acaso ya en las historias de cómicos, antes aún de Scarrón, el tony tenía su corbata azul de pintas blancas, o blanca de pintas rojas, su clac gastado o su boina de media, su grueso palo y sus largos zapatos. Y tenía también la edad del mundo, ya que cuando hizo Dios al primer hombre, éste se llevó algo por delante. La tierra le quedaba grande, y no hizo el ridículo a falta de espectadores. Los espectadores vinieron después, y el que recibe las bofetadas apareció en la súbita luna de cartulina desde el rincón en donde aguardan, recortados, como de calca, los caballitos ágiles, los heroicos Blagdaros de los circos.

Si todos los hombres del mundo, los que ya han muerto y los que viven todavía, los de todas las épocas y los de toda mañana, volvieran de pronto a la infancia, vale decir, si el mundo fuera sólo un gran prodigio de niños, ¿quién sería el rey? ¿A quién buscarían afanosamente por todos los rincones de la tierra? ¿Al hombre que achicó para ellos el Empire Star y la Torre Eiffel? ¿Al que trajera hasta las playas, al Brooklyn y al Monte Blanco en miniatura? No, buscarían al tony, para reír con él. Los niños saben elegir. Tienen a Dios en los ojos y no se equivocan nunca. Viven la edad del disconformismo y buscan la deformación de la realidad, porque, al nacer, no están de acuerdo con sus cuatro elementos, ni con sus cuatro dimensiones, ni con sus cinco sentidos. Y hay un sexto sentido que sólo poseemos siendo niños y que apenas conservamos unos pocos a lo largo de los años: el instinto. Por el que sabemos que muchos seres y cosas que se mueven a nuestro lado, no existen en realidad. Por el que sabemos que muchos seres y cosas, ya muertas, ya desaparecidos, están presentes en el plano que sólo los niños conocen y visitan, en donde se encuentran los desollinadores, los pequeños objetos que desaparecen de las casas, las cartas sin dirección, los juguetes descompuestos, los capitanes sin barco y las esquinas inerosimiles en las que, de vez en cuando, acampan los circos sin rumbo, los cirros llenos de tonys. Allí donde está Blagdaros, el caballito de madera que Lord Dunsany, los niños y nosotros solemos ver en los baldíos, otro pequeño mundo de nosotros.

★

Nacer con algún don, es lo único verdaderamente misterioso. Hay gente que lo posee todo y a la que, sin embargo, le falta algo, le falta el don. Es heroico eso de hacerse, por intrepidez, rico; por desgracia, criminal; por inclinación, carpintero o joyero. Pero hay que nacer, pírate, poeta o ventrílocuo. Nacer con el don. Eso, sutil y misterioso de los nacimientos. El ventrílocuo nace con el don: posee dos voces. Puede decirse que hay en él un mellizo fracasado. Que está condenado a llevar toda su vida alguna cosa muerta, a alguien que ha muerto, al nacer



él, y que sólo habla. ¿Quién hace el "doble" en la voz de los ventrílocuos? Ya sabemos que la ciencia daría una contestación terminante. Pero la fantasía, que no conoce, como lo ciencia, fronteras, idealizará siempre el don del

ventrílocuo. Y los niños lo admirarán en los cines de barrio y en los barracones de la feria, adonde suele llevar a Don Pánfilo y a Doña Brigida, muñecos de trapo y arrrín, a quienes ha dado alma dándoles voz. El ventrílocuo

que anima a los muñecos es un pequeño Dios trashumante, que, de entrar de noche a una juguetería, despertaría todos los estantes, copiaría la farsa trágica del mundo, y, dando alma, daría tristeza, a las únicas cosas no tristes del mundo: los juguetes. ¡Una vez un ventrílocuo hizo hablar a las sotas de la baraja! ¡Otra vez salvó a un rey de ajedrez a punto de ser muerto por la reina! El ventrílocuo vive en las trastiendas, o se queda dormido en las ropas de los teatros, como un pierrot de bambalinas, estirando las largas piernas entre otros tantos muñecos estrados, sus hijos, su voz, su otra voz. Y cuando el ventrílocuo abandona sus muñecos, desparramados en todas las posturas, en su camerino, ¡qué solos se quedan los muñecos! Colgados como sueños muertos, ya no pueden moverse, ni ver, ni hablar. Y eso es lo dramático de la ventriloquia. ¿Y aquel ventrílocuo que se enamoró de la marioneta? Era una hermosa muñeca Lenzi. El infeliz se hacia a sí mismo el amor, se hablaba dulcemente con su otra voz, hasta que en el incendio del teatro, no pudo llegar a tiempo para salvarla.

—“¡Hay una mujer acentro!” — gritaba.

Y, en realidad, él la tenía adentro. Pero su voz, vale decir, la voz de la marioneta, no volvió a oírse jamás.

Esto sucedió en los tiempos de la reina Victoria, cuando los mendigos de Peachum incendiaron una mansana en Londres.

★

Un mucho de él, un poco de nosotros, lo cierto es que Carlitos Chaplin es el artista más humano de nuestro tiempo. Es él y su caricatura. Lo que nos ha sucedido, lo que nos puede suceder, lo que nos debía suceder, ya lo sabemos. Ni agresivo ni grosero, ni melodramático, ni festivo, Carlitos es real hasta en la cena hipotética de “La Quimera del Oro”, cuya Dana de los Panes no tiene, sin duda, equivalente. El bello es casi siempre tonto, como el feo casi siempre inteligente. El pobre, casi siempre bueno, como el rico, casi siempre egoísta. Nunca se es completamente feliz. Siempre nos suele traicionar un gesto, una caída lamentable, un resbalón cualquiera. Contra la solemnidad y contra la crueldad. Con tan escasos elementos trabaja el más grande artista del mundo. Pero siempre con un telón de fondo, que es el camino. El camino que va a cualquier parte. Y que nos salva. El camino que continúa como la vida y la muerte.

Acaso el hombrecito de la “Chaplin’s Troupe”, que heredó los zapatos del caballero no dé ninguna importancia a su arte. Acaso él sabe que sólo prolonga en la tela el transcurrir cotidiano, pobre relato en el misterio de la vida y la muerte. Y lo terrible del desencuentro, como aquellos dos desgraciados que están de pronto parados por lo infinito de una puerta de Montepío. ¿Estuvo Carlitos en Buenos Aires haciendo en un teatro de variedad la pantomima del Tingel-Tangel? ¡Pero está aquí con nosotros, está en nosotros! Está, como nosotros dentro del Tingel-Tangel, esta universal pantomima que contagia a todos el irremediable baile, en el tohogan de un destino irremediable. Carlitos sabe que la civilización ha complicado y entristecido la vida del hombre. Los precios, las fronteras, las costumbres, el límite a la libertad, las prohibiciones y las condenas. Carlitos sabe que hay un “policeman” que es nuestro enemigo, un patrón que es nuestro enemigo y un comerciante que es nuestro enemigo. Carlitos es un subversivo. Por eso Lenin confesó que quería conocerlo personalmente.

TODA persona que haya jugado al "poker" lo suficiente para saber que no es sólo un arte de ganar o perder dinero en poco tiempo, no ignora que las cartas obedecen a una ley desconocida pero invariable que las obliga a preferir sucesivamente cada uno de los sitios ocupados por los jugadores. Es lo que se llama la rotación de la "liga". La mala suerte no es otra cosa que el desencuentro entre la "liga" que se traslada y el jugador que no ha sabido o no ha querido esperar la suya puesta. Por eso puede afirmarse categóricamente que un hombre sereno, contando con tiempo bastante para que las cartas describan su círculo y con el dinero necesario para resistir la racha adversa sin comprometer sus reservas, puede esperar tranquilamente su momento, con la seguridad absoluta de que ese momento habrá de arribar por fin. Inútil parece agregar que la regla no opera cuando se trata de uno de esos novicios aturdidos por las pérdidas que se las arreglan para cavarse un pozo tan hondo que después no hay favor de la fortuna que consiga sacarlos de su profundidad. Pero sobre esta clase de personas no se debe insistir porque es la misma que pierde siempre, y por las mismas causas, en el juego de la vida.

Ese no era, sin embargo, el caso de Lagrange. Había sido buen jugador y no ignoraba que el desquite es una cuestión de tiempo, siempre que un hombre sepa estar listo para aprovechar en forma el llamado de la ocasión. Por eso, cuando Bertoni le invitó a trabajar juntos en Entre Ríos, Lagrange aceptó la invitación y el trabajo en común. La intuición infalible de los jugadores le advirtió que se aproximaba el momento de la esperada revancha. A la verdad, Bertoni desconocía o había olvidado el agraviado que el otro mantenía fresco y vivo como una planta que se riega con asiduidad. Era un hombre sanguíneo, bullicioso y un poco brutal, tan capaz de asestar a un enemigo un puñetazo en la cara como de suponer al día siguiente que el hecho había tenido tan poca importancia para el maltratado como para él mismo. Lagrange tampoco era un malvado de película; pero ajustaba su vida a una regla de conducta que prescribía la necesidad de no correr jamás una cuenta con algún otro, en sus relaciones con los demás. Mediaba, además, en este caso, un sentimiento de amor propio, y puede ser también en algo más profundo y duradero que el amor propio. Con ello se está diciendo que entró Lagrange y Bertoni había pasado una mujer. Siempre hay una mujer en los orígenes de la enemistad entre dos hombres que no han pasado de los cuarenta años... y a veces entre los que han franqueado ese límite también.

La cosa había ocurrido algunos años antes, cuando Bertoni y Lagrange trabajaron en la administración de los astilleros de Mihavovich, en el Carmelo, por la costa oriental. Conociéronse allí y se vincularon íntimamente hasta que los distanció el asunto aquel. Lagrange perdió una mujer que le gustaba y una pequeña fortuna que le habría venido juntamente con la mujer. Bertoni, en cambio, ganó el honor de un hombre que desde ese instante le abrió una cuenta que el tiempo y las circunstancias se encargaron de cancelar. Eso no impidió que cuando se encontraron aquella mañana en un "restorante" de la Boca, Bertoni se abrazara con Lagrange, aturdiéndolo con sus gritos; que los dos se trenzaran en inabarcable charla sobre las cosas del tiempo pasado; y que, finalmente, el primero, siempre entre exuberantes ademanes y ruidosas carcajadas, le explicara que la providencia debía haber preparado aquel encuentro con su viejo amigo Lagrange a fin de que él, Bertoni, dejara de buscar el socio que necesitaba para emprender cierta explotación fructífera en unos terrenos que le ofrecían en venta cerca de Concordia.

Del incidente pasado y de la muchacha que fué su causa suficiente no se habló una palabra. Era probable que Bertoni lo hubiera olvidado lo mismo que a la mujer. También se le olvidó a vivir recordando a todas las mujeres que se le han cruzado en la existencia. Por su parte, Lagrange tampoco preguntó nada. Al pasar, enteróse de que Bertoni estaba casado y que su esposa era una señorita de Pergamino, ciudad en donde aquel había vivido algunos años como representante de una casa introducida de maquinarias agrícolas de Buenos Aires.

Después hablaron del negocio. Tratábase de unas cuantas hectáreas sobre la misma barra del Yuquerí, en las goteras de Concordia, retazo de los campos que fueran de la sucesión de don Bernardo Yrigoyen y que se podía comprar en condiciones extraordinariamente ventajosas. El desembolso inmediato no alcanzaba a diez mil pesos, debiendo continuar los adquirentes con los servicios de una deuda en cédulas del Banco Hipotecario Nacional. Había además una plantación de mandarinas en plena producción, un criadero de aves organizado con plantales de las mejores razas y un colmenar de primer orden. También se estaba ensayando con buenos resultados el cultivo de espárragos.

—Una pichinchal, ¡una verdadera pichinchal! — vociferaba Bertoni con entusiasmos corroborados por vigorosos puñetazos que hacían saltar las cosas de la mesa. No agrababa el asunto por su sola cuenta en razón de que su capital había quedado reducido a unos pocos miles a consecuencia de un mal negocio de lanchas en el Puerto Madero. Buscaba una persona con quien entenderse, cuando tuvo la suerte de tropezar con Lagrange. Una suerte — repetía — porque ¡quién mejor que un antiguo amigo para trabajar en sociedad!

Fué entonces que Lagrange tuvo la intuición de que se le brindaba la oportunidad del desquite con aquel hombrón rudo y algo cándido que se arrababa de sopa de pescado, largando, de pronto, el pan y la cuchara para palmentar las manos con un afectuoso y frío Lejoly Langrange, éste, lanzado con voz tan poderosa que posiblemente hacía volver la cabeza a todos los que en aquel momento transitaran por la calle Necochea. Pero no era hombre de arriesgar en la puesta más de lo que podía ganar en la jugada. Poseía alguna platita ahorrada, es cierto; más le había costado demasiado el ganarla para que estuviera dispuesto a exponerla en un negocio vidioso. Claro que en todo momento entreveía la oportunidad de cobrarse, y con altos intereses, la vieja cuenta que el otro parecía haber olvidado. Sin embargo, él se atenta a la norma de no dar por el pito más de lo que el pito podía valer. Exigió informes concretos y la facundia de Bertoni desbordó nuevamente, acompañada esta vez de cálculos numéricos hechos a lápiz al dorso de la lista de platos.

—El establecimiento se llamaba "La Barra" y tenía tantas hectáreas de superficie, toda tierra aprovechable. La vivienda era un chalet de material, casi nuevo y muy cómodo; las instalaciones estaban en perfecto estado. Trabajando ellos mismos para reducir gastos, la explotación dejaría, un año con otro, una utilidad neta de ocho mil pesos, sin contar la propiedad, que valdría holgadamente su cien mil.

A la prudencia de Lagrange resultábanle aquellos demasiados miles; por otra parte, también había andado por Concordia y le parecía recordar que el terreno no se prestaba para la producción de citrus en aquella zona del distrito, aparte de que en la temporada lluviosa se desbordaban los arroyos y no hay cultivo que no quede arrasado por la inundación. La impetuosa dialéctica y la tímida expresiva de Bertoni dispararon victoriosamente sus vacilaciones. Todos los comensales de las mesas vecinas habían seguido la exposición de Bertoni y estaban visiblemente de su parte. Hasta el mozo que los servía y el ábil personaje que redactaba las ediciones en la caja, hacían converger sobre Lagrange un fuego de miradas que reflejaban el asombro y la indignación de sus espíritus ante las resistencias opuestas a la fortuna que el otro le brindaba con estrepitosa generosidad. Con la última copa de un Lambrusco di Modena espeso como alquitrán y áspero como papel de lija, quedó cerrado el trato y formalizada la sociedad.

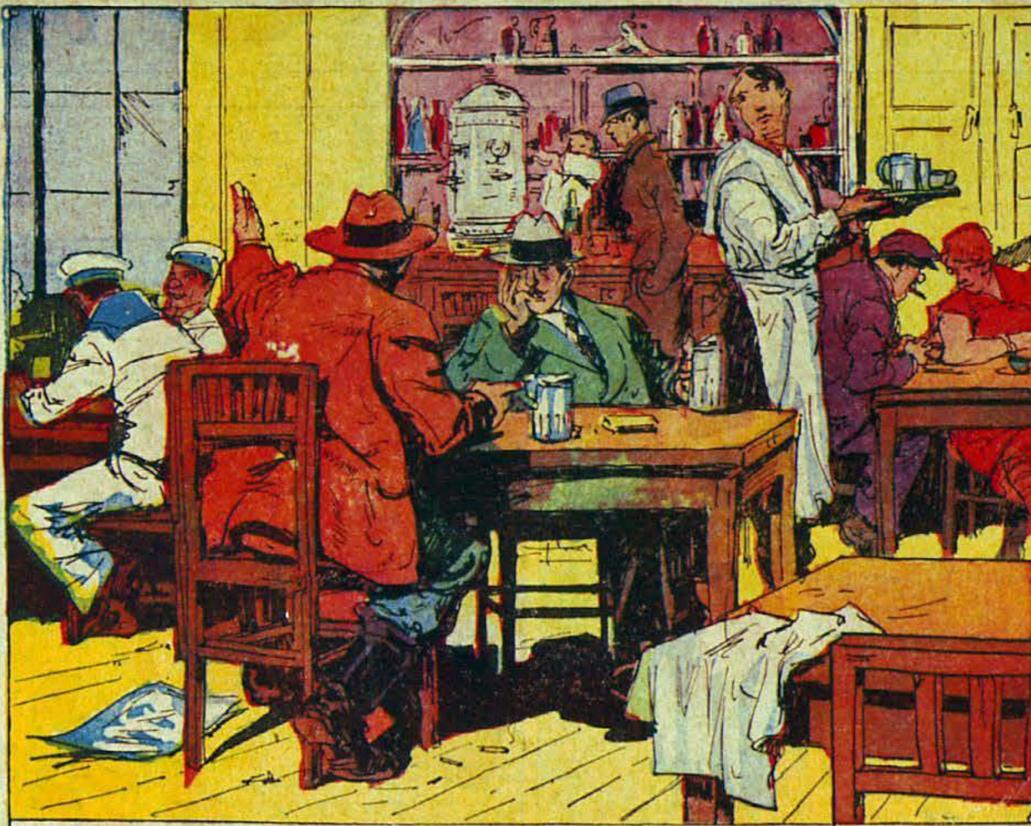
Cuando salían del "restorante", Lagrange tuvo la impresión de que su nuevo socio estaba barajando las cartas que habían de darle el esperado juego. Y se prometió pegar fuerte y sin ascos cuando tuviera las manos llenas.

No pensaba exactamente lo mismo dos meses después, ya instalado en el lindo "bungalow" de madera de "La Barra", juntamente con el matrimonio Bertoni. Durante el tiempo transcurrido y la vida en común, Lagrange había establecido ciertas comprobaciones que solía repasar por la noche, tendido en la cama, mientras fumaba solitariamente su pipa de "genuine Bull" de Virginia. Ante todo, el negocio era bueno y si no producía tanto como calculaba Bertoni, resultaba, en resumen, una inversión excelente que aun había de mejorar.

Luego, la esposa de Bertoni era una mujer de treinta años, bonita, bastante fina y un tanto romántica que al lado de su marido daba la impresión de una gacela en la coyunda de un búfalo. Llamábase Albertina y era escrupulosamente honesta; más la perspicacia de Lagrange le permitía conjeturar que si no pertenecía a la clase de mujeres que faltan a sus deberes no sería injusto incluirla en la categoría de viudas fácilmente consolables en caso de que el marido sufriera una desgracia: cosa, por lo demás, que le acontecía a cualquiera y que, en el campo, siempre está más cerca de un hombre de mal carácter como Bertoni que de una persona tan buena de sí como Lagrange.

Por último, y esta era la contrapartida de los anteriores asientos — Lagrange era tenedor de libros — si bien el juego se desenvolvía en condiciones satisfactorias, nada confirmaba todavía las esperanzas depositadas en un próximo desquite de la antigua partida. Y eso que ahora, como antes, en la puesta había una mujer y una pipa. Solamente que ahora la mujer era mejor y los pesos más numerosos que en la jugada perdida años atrás. Todo lo cual traía muy pensativo a Lagrange, hasta que una noche recordó que si bien es cierto que el buen jugador debe saber esperar las cartas que le convienen, tampoco está reñido con la buena conducta del juego el estimular un poco la marcha de la suerte cuando ésta demora demasiado en llegar al sitio donde se la aguarda.

Hacia una semana que Bertoni tronaba casi diariamente contra Villalba, un peón del establecimiento que por servir de intermediario entre los dueños y el resto del personal venía a resultar una especie



de capataz. Parecía que al hombre se le hubiera metido el diablo en el cuerpo, porque no pasaba día sin que cometiera una barbaridad que desataba torrencialmente la fácil iracundia de su patrón.

Empezó aquello una noche en que un caballo se coló en el colmenar y derribó doce cajones en sus desesperados esfuerzos por escapar a la persecución de las abejas perturbadas por su intrusión. Bertoni descargó sobre Villalba una tempestad de interjecciones y amenazas, anunciando su propósito de asestar a patadas al haragán descaudado que le había originado semejante perjuicio. Villalba se limitó a responder que no se explicaba lo ocurrido, porque la tarde anterior había cerrado personalmente el portillo que daba al potrero alfalfado de los animales de trabajo. Era un tape pálido y menudito que empezó a trabajar en el establecimiento con los dueños anteriores y que Bertoni estuvo a punto de despedir cuando llegaron, pues se le dijo que el hombre no pasaba por trigo limpio, que tenía fama de cuchillero y que en un proceso por lesiones se había ganado algunos meses de prisión en la cárcel de Concordia. Lo dejó, sin embargo, porque resultó cumplidor, callado y muy cooperador de las tareas que traía entre manos. Aquella tarde no le aceptó la explicación y siguió gritando hasta que Villalba, lanzándole una mirada de reojo, lo dejó plantado, metiéndose en la cocina.

Después fué la historia de una cantidad de arbustos del vivero que debieron ser cargados en el carro para mandarlos a la estación y que quedaron olvidados al sol todo un día, hasta que Bertoni los descubrió, al caer la tarde, cuando regresaba de la esparnera. El asunto no se aclaró bien porque Villalba arguyó "que el señor Lagrange le había dicho...". Y Bertoni negó a Lagrange todo derecho a inmiscuirse en nada que no fuera la contabilidad y las relaciones comerciales de la explotación. Gritaba tanto que la mujer temió algo y salió a tranquilizarlo, llevándosele adentro, en donde se encoró airadamente con Lagrange, a quien acusó de entrometerse en asuntos que no eran de su incumbencia.

Siempre tranquilo, pero algo molesto, Lagrange negó haber dicho una palabra a Villalba respecto a los dichos árboles. Sin responderle, Bertoni entró en el cuarto de baño, oyéndosele en seguida chapuzar ruidosamente la cabeza en el agua del lavatorio. Lagrange y Albertina quedaron solos; aquel estaba mudo y hosco; tanto que la mujer creyó necesario decir algo.

—Tenga paciencia, Lagrange; usted ya conoce el genio de este hombre.

Y aspiró como quien lleva en silencio el peso de una abrumadora cruz.

Dos días más tarde las vociferaciones de Bertoni contra Villalba hubieran podido ser oídas desde el puente de Cambáspas. La cosa no era para menos. De veintidós aves encerradas en una jaula para ser entregadas al mayordomo del vapor de la carrera, más de la mitad amanecieron muertas. El mismo Villalba descubrió que en el afrecho mojado que se le diera como alimento la noche anterior había sido mezclado arsénico en polvo del que se usaba para matar las hormigas. No se explicaba cómo pudo ocurrir la cosa, pues el mismo fué quien preparó la comida de las aves, a causa de que el muchacho encargado de ello estaba tirado en un catre, con un tobillo inflamado por una torcedura. Bertoni

tampoco admitió aclaraciones y prosiguió rugiendo como el solo era capaz de hacerlo en algunas leguas a la redonda. Villalba era humilde, pero la paciencia de una persona tiene sus límites. Además, aquellos percances sucesivos de que invariablemente se le responsabilizaba habían despertado su desconfianza. Contestó de mal modo a entender claramente "que si se le quería quitar el conchabo no había por qué valerle de mañas que no son de hombres, porque él sabía cómo proceden los hombres y era tan hombre como el que más".

Felizmente, Bertoni no pudo replicar, porque Albertina le avisó que lo llamaban urgentemente desde el pueblo, por teléfono. Era precisamente el mayordomo del vapor, quien, probablemente, reclamaba los pollos.

La tarde pasó tranquila. Se llenó otra jaula que Villalba condujo a Concordia en el carro. Bertoni anduvo por el fondo de la quinta, ocupado en una nueva plantación que estaba formando y sólo regresó a la casa a la oración. Al llegar, la mujer le recordó que al otro día debían ir juntos al pueblo; ella quería hacer unas compras y él, por su parte, aprovecharía el viaje para despachar un giro en el Banco. Mientras comían, se convido en que la llevaría en el Rugby, dejándole en la casa de unas amigas porque quería retornar en la misma mañana para continuar con el naranjal en formación. Por la tarde volvería a buscarla; y en caso de que no se le consintiera el trabajo, tal vez Lagrange quisiera también darse una vuelta por la ciudad. Este aceptó encantado. Aquella noche sentía muy contento y alargó la sobremesa escuchándole historias alegres que sabía contar muy bien cuando estaba en vena.

A primera hora de la mañana siguiente despertaron a Lagrange las voces de Bertoni en el patio. Resultaba que al sacar el automóvil del cobertizo descubrió Villalba que estaba rajado el depósito del radiador, perdiendo agua a todo trapo. Aquello era para hacer arder de rabia al menos propenso y Bertoni siempre se encontraba a un centímetro de la explosión. Casi se arrojó sobre Villalba, manoteándole frente a los ojos y tratándolo de criollo púilo y pereoso que estaba robando la plata que le pagaban los patrones.

Si el capataz no hubiese estado tan sorprendido con lo que pasaba, las cosas habrían tomado un mal sesgo en ese momento. Pero el asombro, sumado a cierto temor supersticioso acerca de la ingerencia maléfica de fuerzas desconocidas, que lo asaltó al descubrir el nuevo percance, desviaron su atención, impidiéndole reaccionar en la forma que le hubiera hecho en otras circunstancias. Como Bertoni continuaba chillando mientras esforzándose por reparar el desperfecto, lo interrumpió para decirle, muy digno, que comprendía que allí estaba sobrando y pedía se le arreglara su cuenta de inmediato. "Trabajo no le faltaría en ninguna parte — añadió con tono provocativo — y no se vería obligado a aguantar el mal genio de gente que parecía confundir un obrero con un animal".

Bertoni se calmó de golpe, respondiendo que por la tarde, cuando volviera de la ciudad, lo esperaba en el escritorio para el arreglo pedido.

Reparada como se pudo la avería del radiador, llamó a su mujer, quien ya salía dispuesta para el viaje. Desde la ventana Lagrange admiró la buena presencia de Albertina, vestida con un ceñido traje "tailleur" que hacía resaltar, sin exagerarlas, la elegancia

que ahora se le insouciantase el compadrito aquel.

La escena fué rápida y violenta. A las primeras frases de Villalba, Bertoni se puso de pie, furioso, tendiendo el puño cerrado: ¡Salga de aquí, canallita de porra!

Y se corrió a un lado, como dispuesto a precipitarse sobre el tape. Este se puso más pálido aun, llevando la mano a la cintura: Aquí el unico cañilla es usted, gringo hijo de... — rezongó amenazante. En su derecha brilló un cuchillo corto y agudo.

De un salto, Bertoni mandó la escopeta, apuntándole y vociferando.

Villalba no era flojo, pero un arma de fuego impone a cualquiera. Además, prefería pelear afuera, donde tendría más libertad de movimientos. Brincó hasta la puerta, seguido de Bertoni e intentándolo para escapar. Así se encontraron los dos en la galería, a dos metros de distancia el uno del otro. Bertoni apuntó otra vez, gritando: ¡Te voy a pagar tu cuenta en plomo, en chubum, te voy a arregar!

Agachándose como un gato, Villalba atropelló, haciendo vibrar el cuchillo: ¡Asegura bien, porque...!

Bertoni apretó el gatillo y sólo se oyó el ruidito seco del hierro percutiendo sobre el hierro; quiso disparar el segundo cartucho y tampoco dió fuego el arma. Desesperado, trató de ganar la escalera para subir al primer piso, pero el otro no le dió tiempo. Se le fué encima, verde de rabia y reluciendo en los ojos un fulgor asesino.

—No te dije!

El cuchillo se hundió una y otra vez en el pecho y el vientre de Bertoni, cortándole la mano cuando éste pretendía parar los puñetazos. Cayó contra la puerta del escritorio, a tiempo que se escuchaban los gritos de los otros peones que acudían a todo correr. La última puñalada le había partido el corazón.

Villalba se volvió a los tres o cuatro hombres detenidos en el patio. La sangre de su enemigo le empapaba la mano derecha y le había salpicado hasta la cara. Jadeando de fatiga, los habló con sinistra frialdad: El que quiere copar la parada, ya sabe; de no, abran cancha.

Lo dejaron pasar sin moverse ni articular una palabra. El tape se apoderó de una bolsa que tenía lista con sus cosas y se dirigió, sin apuro, a la costa, para tomar la cañoa en que cruzaría el río hasta la ribera uruguayana.

Cuando se hubo perdido de vista, unos se acercaron al cadáver de Bertoni, mientras otro llamaba apresuradamente por teléfono a la comisaría de Suburbios. En ese mismo momento sonó la bocina del automóvil que volvía con Albertina y Lagrange.

Al día siguiente, cuando volvió del entierro de Bertoni, Lagrange mantuvo una larga conversación con Albertina. La mujer estaba más tranquila de lo que podía esperarse y encarraba el porvenir con mucho buen sentido y serenidad. Conviniéron en que ella partiría a Buenos Aires para regresar quince días más tarde con una sobrineta que la acompañaría en "La Barra", donde resolvía quedarse, continuando la explotación de la finca con el socio de su marido.

Por la noche, tendido en la cama, Lagrange cargó su pipa de "genuine Bull" y reflexionó detenidamente sobre los acontecimientos pasados. Después de todo, había perdido su intuición de jugador. El pobre Bertoni terminó por darle buen juego para el desquite. Una escalera real.



Telegrafía de Ultratumba

DESDE la mesa giratoria de que se sirvió Victor Hugo, hasta las apariciones fantasmales caras al gran físico William Crookes, pasando por la escritura inspirada que practicaba Francisco Sarcey, hay, para el espiritista, un gran número de medios para entrar en comunicación con el más allá que es en esencia, para él, el mundo de los "espíritus".

La "hiptología" fué la primera técnica y permanece siendo aún la más usada; se expresa al principio por golpes dados en las paredes o en los muebles, después dió rápido aliento a la práctica muy usual y muy conocida del tripode, una de cuyas patas se levanta y golpea al caer.

Contando los golpes según la correspondencia numérica del alfabeto, se obtiene una telegrafía rudimentaria, cuyo único inconveniente es la excesiva lentitud.

Allan Kardec, que fundó el espiritismo en el siglo pasado, había ya tratado de perfeccionar el sistema de los mensajes espiritistas y aconsejaba en sus obras diversos medios, entre ellos un canastito de mimbre al cual se adapta un lápiz; sobre el fondo del canasto dado vuelta, el medium (sujeto apto para servir de intermediario con los espíritus) posa una o dos manos, y el canasto se mueve en todos los sentidos, arrastrando el lápiz sobre una gran hoja de papel, donde se escriben así las respuestas del espíritu.

Al ser desechado, este procedimiento primitivo dió nacimiento a dos medios más directos: la tablilla, con el mismo procedimiento operativo que el canas-



to, y la escritura directa, en la cual el medium tiene por sí mismo el lápiz, suprimiendo el adámico supletivo.

La tablilla misma se ha modificado; en lugar de añadirse-

contiene el alfabeto, las cifras y las palabras "sí" y "no". Su índice va de un signo a otro como lo haría el dedo de un dactilógrafo sobre el teclado de su máquina. Un "medium" entrenado puede hacer mover la tablilla con tal velocidad que sólo las personas muy habituadas a este género de ejercicios pueden traducir la comunicación.

El alfabeto psicoautomático es una variante usada entre los espiritistas ingleses y franceses. Para obtener resultados son necesarios dos personas. El medium o en su defecto una persona sensitiva, que tenga la fuerza fluidica necesaria para hacer que una pequeña tabla golpee, y el interlocutor que evoca el espíritu, lo interroga o inscribe la respuesta recibida por medio del alfabeto.

El sensitivo o medium aplica sus dos manos sobre la tablilla dotada de un movimiento de va y viene y espera, pasivo, la comunicación que va a sugerirle el espíritu accionando la tablilla.

Así se resume toda la técnica de las comunicaciones con ultratumba y subraya — para cualquiera que tenga nociones precisas de psicofisiología — el rol que el subconsciente puede jugar en las respuestas atribuidas a los espíritus.

El gran argumento contra esta explicación científica es que ciertas respuestas pasan el cuadro de conocimientos generales y propios del medium. En la sesión del 28 de febrero de 1913, el medium Dorian Sinclair escribió íntegramente un mensaje en latín, lengua que desconocía en absoluto. Y si siquiera puede tratarse de una transmisión del pensamiento, pues él que oficia de interlocutor, tampoco sabía latín.

LUIS GASTIN
 Ilustración de Somero

EA don Stimer, no lo maltrate, no lo pegue, es un buen muchacho. Tiene mala bebida, pero es un muchacho de ley. Veá que es un criollo...

por medios personales y expeditivos; pero el alemán Stimmer no era un hombre, era una bestia invulnerable, que recibía las balas y las puñaladas como un estímulo a su naturaleza combativa y a su potente animalidad.

bientemente de la estantería. Recibió el balazo en pleno pecho y se tambaleó, pero siguió parado. El segundo disparo le dio en la cara, desplomándolo. Ya en el suelo, siguió recibiendo la descarga, que, metódicamente, iba enviándole López desde la puerta.

¿Quién no conocía en toda la escena del Lago al "alemán" Stimmer? Eran igualmente famosas sus borracheras y las trompadoras que propinaba.

Un especie de aureola de superposición fue rodeando progresivamente al alemán Stimmer ante los casos palpables de su inmundicia física. En los múltiples entevos en que actuara, jamás sus contrincantes tuvieron la suerte de berirlo en partes vitales del organismo.

Terminada la labor de su venganza, Rudecindo López arrojó el Winchester hacia afuera y penetró en la sala. Un camarada le ofreció el vaso. Bebió despacio y recibió el homenaje silencioso de aquellos hombres.



al cabo con los dos agentes a proceder en un hecho ocurrido en Cerro Leones y "quiso dar un "güetia" por lo de don Stimer "pa ver a los muchachos", pero no papitaba que hubiera "accedido aquella "disgracia".

DISTINGUIDO colega: Días pasados recibí la visita de dos señores que se presentaron tituliándose padrinos suyos. Me sorprendieron en la edad por cuanto hasta ese momento yo creía que lo que se usaba en cuestión de padrinos era una junta buxual, es decir, un padrino y una madrina.

desconfía, mejor dicho, menosprecia nuestra profesión. Su actitud es además una confesión tácita de que pasa su vida en una ocupación y ejercicio que considera desdorado. Allí usted.

muñeramente y de la manera más adecuada para sostener el decoro de su profesión respectiva (que a veces es también profesión, y remunerativa, el ser mulo), y no avergonzados de ella, como quien ha cometido un error al elegirla.



—¿Así que lo achuraste, muchacho? —Sí, sargento. A un criollo no se le trata como a un perro sarnoso. Me madrugó, me sacó el revólver de la pistola y a los rebencazos y patadas me llevó hasta la calle. Usted sabe que es hombre fuerte como toro. Yo no vide más que me fui a Las Poroteras a buscar el binchester. Lo demás ya lo sabe, sargento.

Quedose solo Sanabria, y cuando Rudecindo había desaparecido de su vista a galope tendido, desenfundó el colt de reglamento y se agudizó la veterana chaqueta con un balazo sablamente aplicado.

Quedose solo Sanabria, y cuando Rudecindo había desaparecido de su vista a galope tendido, desenfundó el colt de reglamento y se agudizó la veterana chaqueta con un balazo sablamente aplicado.

Yo dije, si mal no recuerdo, que era usted un mal poeta o un peor crítico, y su actitud ha venido a confirmar mi acierto en cualquiera de los dos casos. Mal crítico por no ser capaz de prolongar una discusión con argumentos puramente dialécticos.

debe de ser que fue cierta apreciación crítica que me prestigie acerca de su obra literaria, o — no recuerdo bien — algunos comentarios que hice al margen de éticas suyas a mis libros.



¿Dónde Está la Dinamita?

NUNCA pensé que en mi modesta vida podrían ocurrir acontecimientos que interesarán a otros, ni sé qué me humilde persona había de estar sujeta al martirio y a la tortura física y moral en unos de los actos de la gran tragedia de sangre y desgracia que le ha tocado vivir a Cuba bajo la tiranía del general Machado.

bre se me acercaron y me amarraron más seguramente a la silla. Las cuerdas estaban tan tirantes, que sentía los latidos de la circulación en las piernas y en los brazos.

me hablaron. Sobre un cajón de madera colocaron un jarro de café y un pedazo de pan. Fue entonces que con el horror que es de imaginar, nos mancharon de sangre en las mantas que cubrían la miserable cama en la que me hallaba. Otros, antes que yo habían sido llevados sangrando a la misma celda, después de ser torturados.

en malas condiciones, después de las torturas, eran sacrificados, para que no hablaran, como habían hecho otros, sobre lo que les había pasado. Sabían ya que era inocente e iban a ponerme en libertad, en cuanto estuviera en condiciones de poder caminar.

barrote y tratar de sacar la argolla, infantil símbolo de los premios municipales, que me permitiera dar otra vuelta gratis.

El chicote accionado por aquel brazo de hierro y los hombres rodocaban con el cráneo roto, habiendo apenas algunos disparos de revolver contra las tablas ennegrecidas del barracón. Muchos pagaron con la vida su arrojo por librarse de aquel vándalo a quien la policía toleraba.

El capitán Crespo me recibió con una sonrisa que nunca olvidaré. Su expresión podía compararse con la de un gato cruel que se dispone a jugar con un ratón indefenso. Me preguntó mi nombre y trató de hacerme contestar a unas preguntas sobre asuntos de los cuales yo no estaba enterado.

blando de esta manera por más de diez minutos. Opté por no contestarle ni una palabra. Fue entonces que cambió de tono y de una manera violenta ordenó que me aplicaran el cepo de campaña hasta la hora de comer. Yo había oído hablar del cepo de campaña, pero no sabía que una tortura de esa clase se podía aplicar a una persona en mi estado físico.

Me quedé varios días en la Habana, en casa de unos parientes que me rogaron no contara nada de lo sucedido, para no comprometerlos. Pocas personas y de la mayor intimidad fueron avisadas de mi presencia. Por ellas supe que, a pesar de todo, había tenido suerte. A otros prisioneros, antes de ser muertos les habían quemado los ojos, introduciendo agujas en la columna vertebral, arrancado las uñas con tenazas o dislocado la mandíbula después de extraerles, poco a poco, todos los dientes.

Es éste, fíjese bien, mi honor de persona civilizada, el que me impide faltar al quinto mandamiento de la ley, no sé si de Dios o de Moisés, y al artículo no sé cuánto del Código Penal, que ordenan no matar, y al undécimo mandamiento de la ley de los hombres que dice: "no hacer el ridículo en vano".

berudos y en su tórax de bestia. No tenía Dios ni patria. Decíale "el alemán" porque solía hablar frecuentemente en este idioma con unos estancieros de las inmediaciones, tan malandrines como él, que allá por las revueltas del 21 hicieron fusilar una docena de ovejeros para evitar la liquidación de varios moscos de haberes.

En la taberna de Paso del Ciervo había beberraje en abundancia y la paisanada cosmopolita realizaba frecuentes y periódicas reuniones, comprobándose que mientras los trabajadores de la estepa perdían noches y pesos, Stimmer redondeaba una fortuna contante y sonante. Allí reinaba como señor omnipotente y arbitrario, tratándose a los hombres como si fueran esclavos, y echando a puntapiés a los que habían terminado con el contenido de los tiradores.

—¿Dónde está la dinamita? —preguntó el capitán. —Yo no sé de qué dinamita hablan ustedes — contesté. — A una orden, los cuatro hombres sacaron sus revólveres y me apuntaron. Crespo repitió la pregunta y yo le contesté que no tenía la menor noticia referente a esa dinamita. Los cañones de los cuatro revólveres apuntando a mi cabeza, no me asustaron, porque comprendí que se trataba de un golpe de efecto. Pero tenía la certeza de que algo más iba a suceder.

Cuando salí de mi desvanecimiento, fui para encontrarme en una de las celdas subterráneas del castillo. Nunca había visto un agujero más inmundito. Era un lugar sin aire, con piso de tierra húmedo y sucio y paredes pestilentes. El boquete que servía de puerta estaba tapado por tablones, por cuyas rendijas entraba apenas un poco de luz. No tenía noción de la hora, ni del tiempo que había pasado. Tenía los brazos y las piernas sin movimiento. Mis pensamientos desordenados fueron interrumpidos por la entrada de un sargento y un soldado. No

un esbirro que me traía una taza de café con leche, único alimento que probé durante el tiempo que estuve en ese infierno. En cierta ocasión, un soldado me dijo que el médico que me había revisado después de la tortura, no encontró ningún hueso roto, pero que pasaría un tiempo antes de que pudiera moverme fácilmente, pues mis artuculaciones habían recibido serias lesiones. También me reveló que no se me torturaría más, ni se me mataría. Le pregunté cómo podía estar seguro de ello y me contó que aquellos que quedaban

Me quedé varios días en la Habana, en casa de unos parientes que me rogaron no contara nada de lo sucedido, para no comprometerlos. Pocas personas y de la mayor intimidad fueron avisadas de mi presencia. Por ellas supe que, a pesar de todo, había tenido suerte. A otros prisioneros, antes de ser muertos les habían quemado los ojos, introduciendo agujas en la columna vertebral, arrancado las uñas con tenazas o dislocado la mandíbula después de extraerles, poco a poco, todos los dientes.

Es éste, fíjese bien, mi honor de persona civilizada, el que me impide faltar al quinto mandamiento de la ley, no sé si de Dios o de Moisés, y al artículo no sé cuánto del Código Penal, que ordenan no matar, y al undécimo mandamiento de la ley de los hombres que dice: "no hacer el ridículo en vano".

Resultaba inexplicable que aquel facineroso no hubiese sido abatido en una tierra donde los hombres se administran justicia

Y casi se había olvidado el incidente. La reunión estaba en su apogeo. Se jugaba al monte y al poker alrededor de la hornalla, cuando se abrió violentamente la puerta de calle, penetrando una ráfaga helada que hizo estremecer la luz de los reverberos de petróleo. En medio de la puerta apareció Rudecindo López. Fue cosa de un segundo. Se echó el Winchester a la cara e hizo fuego sobre Stimmer a una distancia de quince pasos. Al primer disparo "el alemán", apoyado en la parte anterior del mostrador, no tuvo tiempo de requerir el chicote o el revólver, que pendían invaria-



Lorenzo Alvarez Ilustración de Pargagnoli

E. González Lanuza Ilustración de Sorazábal

LA VOCAACION DEL HORNERO

Ilustraciones de Parpagnoli



En el conventillo, entre esa pobre gente...

Las comadres interrumpían la conversación, dejaban libre el paso, recogiendo las piernas y saludaban obsequiosamente al que entraba.

— Buenas tardes, don Pascual. Este contestaba con reserva, juntaba a sus chicos, que a esa hora jugaban o peleaban con los otros en el patio, y se dirigía con ellos al fondo de la casa, donde su mujer descolgaba ya las últimas piezas de ropa tendida. Luego se encerraban todos en el cuarto, del que ya no volvían a salir para nada en el resto del día.

Una vez dentro, empezaban las quejas. Los demás inquilinos no les demostraban la menor simpatía, y aprovechaban cualquier circunstancia para echarles en cara lo que ellos llamaban orgullo. ¡Orgullo! ¡Orgullo de qué? Tanto don Pascual como su mujer, eran gentes humildes, sin otro motivo de orgullo que su honradez, y ésta no se está pregando. De una pobreza extrema, no vivían más que para el trabajo; él, en el suyo, todo el día fuera de casa; ella, por el contrario, todo el día metida en la casa, en los securos afanes de las mujeres del pueblo; su marido, sus hijos, su cuarto: ese era su mundo. Pero, indudablemente, no se hallaban a gusto en el conventillo, entre esa pobre gente de claros instintos y oscuras razones. Al principio habían querido hacer amistad con los demás inquilinos, deseando, más que nada, evitar rozamientos que hubieran hecho penosa la vida en común. Pero pronto chocaron en mil terrenos, al punto de que don Pascual y su mujer llegaron a considerarse extraños a ese medio que, sin embargo, era su medio. Esa gente estaba muy desengañada, muy apática. Ya no creía en nada, ni en su propia redención. Vivía el presente, y gracias. Esa dinastía de la miseria que ellos perpetuaban por derecho divino, había ido precipitando en su alma un sedimento oscuro que, asentado en lo más hondo, subía a la superficie y enturbia todos sus actos, no bien la pasión removía ese pesado léngamo. Sólo en su juventud, cuando el amor pasaba por sus vidas como un río, ansias indefinibles, vagos anhelos de perfección ponían en su espíritu la fier anémica de un impreso ideal. Pero no tardaba en apagarse esa llama que tiritaba desnuda en el viento, y después, ya nada, ni el fuego blanco de la maternidad lograba dar un resplandor eterno al barro humano de esa pobre gente. La maternidad era para ellos el precio inexorable del placer. Y el placer, un sucedáneo de la muerte. En todo lo demás, su estómago era la fuente próxima o remota de sus convicciones.

¡Pobres gentes! Eran dignas de compasión por la dureza de sus vidas sin ninguna esperanza. Don Pascual y su mujer se daban cuenta de eso; bien conscientes de su propia pequeñez, sentían oscuramente, sin embargo, que llevaban algo adentro que los elevaba sobre su miseria, y se aplazaban de los que, por carecer de ese algo, vivían encadenados a esa misma miseria. Pero éstos no podían entenderlo, y atribuyeron a orgullo, al orgullo más ilegítimo y digno de lástima, lo que en sus nuevos vecinos no era más que ilusión, afán de mejorar, confianza en la venida de días más serenos. Y como aquellos no despreciaban ocasión de aludir a ese orgullo, los "nuevos" empezaron a evitar conversaciones, a mostrarse raras vez en el patio, donde en las tardes solían entablarse charlas animadas. Los inquilinos no dejaron de notar ese cambio, que pisó aun más su susceptibilidad y se hicieron lenguas de la "pretensión" de los recién llegados.

Hasta los muchachos, aleccionados por los comentarios de sus padres, se mofaban de los hijos del matrimonio y los tomaban en todo momento para blanco de sus burlas y peleas.

Por eso, cuando al atardecer volvía don Pascual de su trabajo y se encerraba en su cuarto con los suyos, allí eran las quejas y las lamentaciones de su mujer y de sus hijos. Estaban ya cansados de esa hostilidad del conventillo, que habría llegado a convencerlos, aunque

ellos nunca lo hubieran creído por sí solos, de que eran efectivamente de otra pasta que sus convecinos. El padre contemporizaba, más por suavizar asperezas que porque él no comprendiera el estado de ánimo de los suyos, y no estuviera también harto de la animosidad de las comadres.

— Tengan paciencia, les decía. Pronto tendremos unos pesos ahorrados y nos iremos a vivir afuera, en una casita que será toda nuestra, para nosotros solos. — Entienden? — Mientras tanto, procuren no meterse con nadie. No por esto deben ser altaneros. No; es mejor estar bien con todo el mundo; si no se puede estar bien, por lo menos no estar mal. Y el único medio de no estar mal con esta gente, es no meterse para nada con ella. Hagan como yo: — "Buenos días, buenas tardes" y nada más.

El no ignoraba que si eso era posible para él, que no estaba casi nunca en la casa, era, en cambio, muy difícil para su mujer y sus hijos, que debían revolverse todo el día entre los otros; pero, ¿qué otra cosa podía aconsejarlos?

Tener paciencia, era la única solución que por el momento les quedaba. Ellos, por su parte, lo sabían perfectamente. Por eso, después de esas crisis, se resignaban una vez más y seguían esperando el instante de dejar todo aquello. Don Pascual les decía que era mejor aguardar a tener su casita para mudarse y no hacerlo ahora cuando, arrojado a lo que podían pagar de alquiler, tendrían que meterse en otro inquilinato donde todo sería por el estilo de aquel en que estaban. El pensaba comprar a plazos un terreno en las afueras de la capital, de manera de pagar mensualmente lo que ahora pagaban por el alquiler de la pieza. Allí edificaría el mismo una habitación con sus dependencias. Pero para eso, así como para el pago de las primeras mensualidades, precisaba disponer de unos pesos. Esa era su preocupación constante: hasta altas horas de la noche permanecía haciendo sumas y restas cuyo resultado era que al día siguiente ahorrra hasta los centavos de ida y vuelta a su trabajo, haciendo largas caminatas, lleno de fe.

Es que en aquella alcañicia en que guardaban sus ahorros, estaban construyendo poco a poco su casa. De ese modo, cada privación, cada renunciamiento, era una piedra que agregaban al pequeño edificio. La miseria se magnificaba al hacerse más miseria y adquirir un contenido que la ennoblece. La vida se hacía de una dureza dulce, como de cilicio. Y cada minuto era un paso más que los acercaba a su sueño.

Por fin, un día creyó don Pascual que ya habían reunido el dinero suficiente y decidió comprar el terreno.

Como, que al principio le pareció tan sencillo — una vez conseguido lo más importante, que era el dinero — no fue así, sin embargo, y los ociosos y preocupados, pero al fin, después de mil titubeos, se decidieron por uno, ubicado en un pueblito suburbano que recién empezaba a formarse.

Junto con ellos, bajo la enorme carga listada en que se lo tenía todo el campo vecino, compraron terrenos, agricultores y gentes de modestos recursos, los que en el futuro formarían sin duda la pequeña burguesía de la villa.

Concluida la compra, don Pascual y un amigo suyo, medio constructor, ayudados por el mayor de los hijos de aquel, edificaron en poco tiempo la casita, que constaba por el momento de una sola pieza y tenía al costado una galería de zinc. Cercaron el terreno, sembraron atrás unas cuantas legumbres y al frente unas plantas de flores, hicieron la vereda de ladrillos y, en compañía de varios de los flamantes vecinos, desmontaron la calle.

Hasta que un día no hubo nada más que hacer, sino mudarse. Don Pascual y los suyos abandonaron el conventillo.

Una hora más tarde llegaban a la puerta de su nueva casita, donde ya estaba esperándolos el carrito cargado con sus muebles oscuros. Entraron.

Pasó el tiempo. Los muchachos crecieron y la casa también. Cada dos o tres años, cuando se le permitían sus recursos, don Pascual le agregaba una pieza. A los diez, terminó de pagar el terreno y entonces se dedicó a embellecerla y a dotarla de un relativo confort.

Los muchachos se hicieron mozos. Los dos mayores se emplearon. Victoria, la tercera, era maestra de un colegio de la capital. Con el dinero que aportaban los tres pudieron vivir con más desahogo y pudo don Pascual, que ya empezaba a envejecer, quedarse a descansar en su casa, valiéndose de trabajar en su casa. El la había construido con sus manos, y la había visto crecer con sus hijos. En la actualidad, cuando ya ellos no necesitaban tanto el cuidado de los padres, éstos no hubieran tenido casi finalidad en la vida, a no ser por la casa, que aun necesitaba sus cuidados. Los que siempre han vivido en casas alquiladas, donde no se pone un clavo por temor a dejarlo, no podrán comprender nunca la hacendosa ternura del que vive en la propia, donde cada ladrillo obedece a su gusto o a sus necesidades. Es entonces cuando el afán de arraigarse encuentra su total satisfacción, y un instinto de hombre se apodera del hombre. Don Pascual se levantaba de madrugada y ya se iba al fondo, donde conservaba siempre una pequeña huerta. Allí se nababa toda la mañana inclinado sobre la tierra, regando, plantando, escarbando, mientras su mujer iba y venía con el mate.

Cuando ésta se lo alcanzaba, él se incorporaba, se enjugaba el sudor de la cara con el revés de la manga y cambiaba algunas palabras con ella, en tanto sorbía lentamente la cordial infusión. Por la tarde él se entretenía en el jardín, donde coleccionaba toda clase de flores, obtenidas a fuerza de desvelos y cuidados con amor de manifiesto. Su mujer, sentada cerca suyo, cosía o tejía, sumida en antiguos recuerdos. Los días transcurrían así placidamente.

A la caída de la tarde llegaban los hijos de sus respectivos trabajos, y un rato después se sentaban todos alrededor de la mesa, donde la madre servía una vez más la sopa y los platos de siempre. Allí se comentaban las incidencias del día, los

sucesos de la calle o de los viajes; se hablaba de los asuntos particulares de cada uno, se tenían los más variados proyectos.

Un día Victoria, que había vuelto más cansada que otras veces, se quejó de lo lejos que vivían. El padre le preguntó si no podría cambiar su puesto por otro en la escuela de la localidad.

— Ni soñar, repuso ella. Con las cosas como están, no puedo estar pidiendo comodidades. Gracias que no me dejan en la calle.

Pero estaba cansada, indudablemente; y con razón, pues era un viaje de poco menos de una hora, y debía hacerlo dos veces por día.

Pronto sus quejas hallaron eco en uno de los varones, Antonio, que andaba pensando cansarse y, no teniendo con qué poner casa aparte, había planeado

que vinimos a esta casa, así ustedes deben tener paciencia ahora que tocan los pequeños inconvenientes de vivir aquí lejos. Pero es en mayor cantidad los soportábamos antes.

No se volvió a hablar del asunto. Pero estaba de Dios que ya no podían vivir a gusto en esa casa. Al menor de los hijos le tocó hacer la conscripción, y lo destinaron a un cuartel de la capital. Sus compañeros salían francos al anochecer y volvían a tomar servicio a la otra mañana. Los primeros días José, con tal de dormir en su casa, hizo lo mismo, encantado. Pero la parte más pesada era la de la vuelta, cuando debía levantarse de noche para tomar el primer tren, pues sino no llegaba a buena hora al cuartel. Pronto todo eso, que se unía a los trabajos de la conscripción, se le hizo demasiado tosco y empezó también a renegar en todos los tonos de la enorme distancia a que vivían de la ciudad. Recrudescieron entonces las protestas de los demás, que volvieron nuevamente a la carga.

— Vivimos lejísimo, decía Victoria. Uno pierde en los viajes la mayor parte del día y las pocas fuerzas que tiene. Entre el trabajo de la escuela, en que hay que matarse lidiando con los muchachos, y el trayecto de los viajes, no quedan ganas de nada. Yo te aseguro que cuando llego aquí, a casa, lo único que haría con gusto sería meterme en la cama y darme vuelta contra la pared, para que nadie me dirigiera la palabra. Por otra parte, aquí estamos soterrados entre gente ajena, con la cual no es posible tener amistad. Y para tener amigos, hasta para estar de novio, llegado el caso, es necesario que vivamos en una casa mejor y que no esté tan alejada.

Y en este tono seguía por largo rato la cantilena, a la que hacían coro los otros hermanos, cada cual con sus motivos y a cual más obstinado.

Los padres procuraban apaciguarlos y hacerles entender que no había que precipitarse por causas que podían desaparecer el día menos pensado, amén de que el servicio militar de José era sólo por ese año, de modo que al siguiente ya no le importaría vivir en un lado o en otro.

Pero ellos argumentaban que, viniendo a esa distancia de todo, nunca podría quedarse nada bien, aunque cambiaran las cosas, que no cambiarían. En cuanto a José, se consideraba incapaz de esperar un año en esas condiciones. En el fondo, había una especie de rebelión en el alma de los hijos contra las ideas de los padres, a causa de las cuales habían pasado una infancia ensombrecida y arriesgaban perder su juventud. Tenían sed de vivir sin sujeciones, por lo mismo tal vez que

Raúl Rivero Olazábal

por

El carrito con sus muebles oscuros...

asunto. Pero estaba de Dios que ya no podían vivir a gusto en esa casa. Al menor de los hijos le tocó hacer la conscripción, y lo destinaron a un cuartel de la capital. Sus compañeros salían francos al anochecer y volvían a tomar servicio a la otra mañana. Los primeros días José, con tal de dormir en su casa, hizo lo mismo, encantado. Pero la parte más pesada era la de la vuelta, cuando debía levantarse de noche para tomar el primer tren, pues sino no llegaba a buena hora al cuartel. Pronto todo eso, que se unía a los trabajos de la conscripción, se le hizo demasiado tosco y empezó también a renegar en todos los tonos de la enorme distancia a que vivían de la ciudad. Recrudescieron entonces las protestas de los demás, que volvieron nuevamente a la carga.

— Vivimos lejísimo, decía Victoria. Uno pierde en los viajes la mayor parte del día y las pocas fuerzas que tiene. Entre el trabajo de la escuela, en que hay que matarse lidiando con los muchachos, y el trayecto de los viajes, no quedan ganas de nada. Yo te aseguro que cuando llego aquí, a casa, lo único que haría con gusto sería meterme en la cama y darme vuelta contra la pared, para que nadie me dirigiera la palabra. Por otra parte, aquí estamos soterrados entre gente ajena, con la cual no es posible tener amistad. Y para tener amigos, hasta para estar de novio, llegado el caso, es necesario que vivamos en una casa mejor y que no esté tan alejada.

Y en este tono seguía por largo rato la cantilena, a la que hacían coro los otros hermanos, cada cual con sus motivos y a cual más obstinado.

Los padres procuraban apaciguarlos y hacerles entender que no había que precipitarse por causas que podían desaparecer el día menos pensado, amén de que el servicio militar de José era sólo por ese año, de modo que al siguiente ya no le importaría vivir en un lado o en otro.

Pero ellos argumentaban que, viniendo a esa distancia de todo, nunca podría quedarse nada bien, aunque cambiaran las cosas, que no cambiarían. En cuanto a José, se consideraba incapaz de esperar un año en esas condiciones. En el fondo, había una especie de rebelión en el alma de los hijos contra las ideas de los padres, a causa de las cuales habían pasado una infancia ensombrecida y arriesgaban perder su juventud. Tenían sed de vivir sin sujeciones, por lo mismo tal vez que

que vinimos a esta casa, así ustedes deben tener paciencia ahora que tocan los pequeños inconvenientes de vivir aquí lejos. Pero es en mayor cantidad los soportábamos antes.

No se volvió a hablar del asunto. Pero estaba de Dios que ya no podían vivir a gusto en esa casa. Al menor de los hijos le tocó hacer la conscripción, y lo destinaron a un cuartel de la capital. Sus compañeros salían francos al anochecer y volvían a tomar servicio a la otra mañana. Los primeros días José, con tal de dormir en su casa, hizo lo mismo, encantado. Pero la parte más pesada era la de la vuelta, cuando debía levantarse de noche para tomar el primer tren, pues sino no llegaba a buena hora al cuartel. Pronto todo eso, que se unía a los trabajos de la conscripción, se le hizo demasiado tosco y empezó también a renegar en todos los tonos de la enorme distancia a que vivían de la ciudad. Recrudescieron entonces las protestas de los demás, que volvieron nuevamente a la carga.

— Vivimos lejísimo, decía Victoria. Uno pierde en los viajes la mayor parte del día y las pocas fuerzas que tiene. Entre el trabajo de la escuela, en que hay que matarse lidiando con los muchachos, y el trayecto de los viajes, no quedan ganas de nada. Yo te aseguro que cuando llego aquí, a casa, lo único que haría con gusto sería meterme en la cama y darme vuelta contra la pared, para que nadie me dirigiera la palabra. Por otra parte, aquí estamos soterrados entre gente ajena, con la cual no es posible tener amistad. Y para tener amigos, hasta para estar de novio, llegado el caso, es necesario que vivamos en una casa mejor y que no esté tan alejada.

Y en este tono seguía por largo rato la cantilena, a la que hacían coro los otros hermanos, cada cual con sus motivos y a cual más obstinado.

Los padres procuraban apaciguarlos y hacerles entender que no había que precipitarse por causas que podían desaparecer el día menos pensado, amén de que el servicio militar de José era sólo por ese año, de modo que al siguiente ya no le importaría vivir en un lado o en otro.

Pero ellos argumentaban que, viniendo a esa distancia de todo, nunca podría quedarse nada bien, aunque cambiaran las cosas, que no cambiarían. En cuanto a José, se consideraba incapaz de esperar un año en esas condiciones. En el fondo, había una especie de rebelión en el alma de los hijos contra las ideas de los padres, a causa de las cuales habían pasado una infancia ensombrecida y arriesgaban perder su juventud. Tenían sed de vivir sin sujeciones, por lo mismo tal vez que

que vinimos a esta casa, así ustedes deben tener paciencia ahora que tocan los pequeños inconvenientes de vivir aquí lejos. Pero es en mayor cantidad los soportábamos antes.

No se volvió a hablar del asunto. Pero estaba de Dios que ya no podían vivir a gusto en esa casa. Al menor de los hijos le tocó hacer la conscripción, y lo destinaron a un cuartel de la capital. Sus compañeros salían francos al anochecer y volvían a tomar servicio a la otra mañana. Los primeros días José, con tal de dormir en su casa, hizo lo mismo, encantado. Pero la parte más pesada era la de la vuelta, cuando debía levantarse de noche para tomar el primer tren, pues sino no llegaba a buena hora al cuartel. Pronto todo eso, que se unía a los trabajos de la conscripción, se le hizo demasiado tosco y empezó también a renegar en todos los tonos de la enorme distancia a que vivían de la ciudad. Recrudescieron entonces las protestas de los demás, que volvieron nuevamente a la carga.

— Vivimos lejísimo, decía Victoria. Uno pierde en los viajes la mayor parte del día y las pocas fuerzas que tiene. Entre el trabajo de la escuela, en que hay que matarse lidiando con los muchachos, y el trayecto de los viajes, no quedan ganas de nada. Yo te aseguro que cuando llego aquí, a casa, lo único que haría con gusto sería meterme en la cama y darme vuelta contra la pared, para que nadie me dirigiera la palabra. Por otra parte, aquí estamos soterrados entre gente ajena, con la cual no es posible tener amistad. Y para tener amigos, hasta para estar de novio, llegado el caso, es necesario que vivamos en una casa mejor y que no esté tan alejada.

Y en este tono seguía por largo rato la cantilena, a la que hacían coro los otros hermanos, cada cual con sus motivos y a cual más obstinado.

Los padres procuraban apaciguarlos y hacerles entender que no había que precipitarse por causas que podían desaparecer el día menos pensado, amén de que el servicio militar de José era sólo por ese año, de modo que al siguiente ya no le importaría vivir en un lado o en otro.

Pero ellos argumentaban que, viniendo a esa distancia de todo, nunca podría quedarse nada bien, aunque cambiaran las cosas, que no cambiarían. En cuanto a José, se consideraba incapaz de esperar un año en esas condiciones. En el fondo, había una especie de rebelión en el alma de los hijos contra las ideas de los padres, a causa de las cuales habían pasado una infancia ensombrecida y arriesgaban perder su juventud. Tenían sed de vivir sin sujeciones, por lo mismo tal vez que

que vinimos a esta casa, así ustedes deben tener paciencia ahora que tocan los pequeños inconvenientes de vivir aquí lejos. Pero es en mayor cantidad los soportábamos antes.

No se volvió a hablar del asunto. Pero estaba de Dios que ya no podían vivir a gusto en esa casa. Al menor de los hijos le tocó hacer la conscripción, y lo destinaron a un cuartel de la capital. Sus compañeros salían francos al anochecer y volvían a tomar servicio a la otra mañana. Los primeros días José, con tal de dormir en su casa, hizo lo mismo, encantado. Pero la parte más pesada era la de la vuelta, cuando debía levantarse de noche para tomar el primer tren, pues sino no llegaba a buena hora al cuartel. Pronto todo eso, que se unía a los trabajos de la conscripción, se le hizo demasiado tosco y empezó también a renegar en todos los tonos de la enorme distancia a que vivían de la ciudad. Recrudescieron entonces las protestas de los demás, que volvieron nuevamente a la carga.

— Vivimos lejísimo, decía Victoria. Uno pierde en los viajes la mayor parte del día y las pocas fuerzas que tiene. Entre el trabajo de la escuela, en que hay que matarse lidiando con los muchachos, y el trayecto de los viajes, no quedan ganas de nada. Yo te aseguro que cuando llego aquí, a casa, lo único que haría con gusto sería meterme en la cama y darme vuelta contra la pared, para que nadie me dirigiera la palabra. Por otra parte, aquí estamos soterrados entre gente ajena, con la cual no es posible tener amistad. Y para tener amigos, hasta para estar de novio, llegado el caso, es necesario que vivamos en una casa mejor y que no esté tan alejada.

Y en este tono seguía por largo rato la cantilena, a la que hacían coro los otros hermanos, cada cual con sus motivos y a cual más obstinado.

Los padres procuraban apaciguarlos y hacerles entender que no había que precipitarse por causas que podían desaparecer el día menos pensado, amén de que el servicio militar de José era sólo por ese año, de modo que al siguiente ya no le importaría vivir en un lado o en otro.

gracias a las que los padres se impusieron, ellos ya no estaban en la necesidad de imponerse las para vivir. Y esa sed, esa rebelión se manifestaba contra lo que era la expresión más directa de sus sacrificios pasados, el fruto de sus privaciones: la casa. Y les resultaba intolerable estar sufriendo por ella ese cotidiano padecimiento de los viajes, que era el más evidente.

Por fin, después de algún tiempo de continuas protestas y lamentaciones, como el padre los instara a que encontraran un remedio que él, por su parte, no veía al asunto, entraron en el terreno de las proposiciones concretas. Discutieron entre ellos, y por último un día le dijeron a don Pascual:

— Tenemos que mudarnos. Eso está fuera de duda. Alquilaremos, por consiguiente, una casa en el centro. Ahora bien; ¿qué hacemos con ésta? Darla en alquiler no nos conviene, porque estamos expuestos a que no se alquile nunca, a que los inquilinos no nos paguen, a tener que estarla reparando; es decir, a continuos dolores de cabeza. Además, una vez en el centro vamos a tener que renovar el mobiliario, que es muy pobre y está ya muy viejo; para lo cual se precisa dinero. Por todo eso hemos pensado, papá, que usted debe vender esta casa. Es la mejor solución.

El padre abrió mucho los ojos: — Vender esta casa? — Sí, papá; va a ser lo mejor.

— Vender esta casa que empezó a edificar con mis propias manos, después de sacrificarme durante muchos años privándome de todo, hasta de lo más esencial, padeciendo dolores y humillaciones, sólo por la esperanza de tenerla algún día? ¿Esta casa que ha ido creciendo junto con ustedes, bajo los cuidados míos y de vuestra madre, como si fuera otro hijo? ¿Venderla ahora, cuando está más hermosa y más cómoda, cuando la quinta y el jardín están recién entretejiendo sus frutos y

una vez instalados en la nueva casa, quisieron renovar su antigua existencia, casi patriarcal a pesar de los naturales afanes del trabajo y al parecer, lo consiguieron. Pero en el fondo, no. El viejo árbol había sido trasplantado, pero sus raíces más hondas habían quedado en la tierra de origen y aquí difícilmente arraigaría.

Sólo permanecer horas enteras en compañía de su mujer, evocando el pasado, reavivando

los recuerdos comunes. Otras veces dejaba la casa y vagaba largas horas por la ciudad, sin ningún rumbo y sin más objeto que pasar el tiempo, encerrado en un ensimismamiento del que ya raras veces salía.

Mientras tanto, los hijos se preguntaban qué habría hecho con el dinero de la venta de la casa, ya que, una vez comprados los muebles y pagados los diversos gastos que les originara su nueva situación, debía de haberle quedado una crecida cantidad. Por discreción, no querían averiguarle nada; pero se imaginaban que lo habría depositado en el banco, para evitar preocupaciones.

Una vez salió como siempre a pasear por las calles. Pero no volvió más. A la noche traeron su cuerpo en una ambulancia. Lo había atropellado un tranvía, en una forma inexplicable, según decían los que habían presenciado el accidente. ¿Cómo es que no había visto el tranvía? ¿Era increíble? ¡Ni que se hubiera arrojado a propósito!

Entre sus ropas tenía una libreta con anotaciones personales, en una de cuyas páginas decía: "No les guardo rencor a mis hijos por haber querido que vendiera la casa. Al fin y al cabo, se cumplía en nosotros esa ley de la vida que hace que los padres no comprendan a los hijos, y los hijos se separan de los padres. Vendí, pues, la casa, conforme a sus deseos. Pero si lo demás, yo era libre de escoger. Y con el dinero de rescate, compré otra casa, otra que serviría para siempre y para todos, y de la que nunca más nos mudáramos. He comprado una bóveda. Si es ley de la vida que los vivos se separan, es ley de la muerte que los muertos se unan".

La cuestión, pues, fue puesta bruscamente sobre el tapete, y esa vez con carácter definitivo.

Los hijos invocaban y exageraban sus razones; el padre los reprochaba su inconsecuencia; la madre — madre, al fin — procuraba conciliar.

— Conviénese, papá; ¿para que conservar esta casa? ¿Para que nosotros? No nos sirve, porque tenemos que vivir en la ciudad. Y como no nos falta con qué pagar allí el alquiler, es mejor venderla y con el dinero obtenido puedan ustedes viajar, pasear, descansar; recompensar-

los que se hubiera arrojado a propósito!

Entre sus ropas tenía una libreta con anotaciones personales, en una de cuyas páginas decía: "No les guardo rencor a mis hijos por haber querido que vendiera la casa. Al fin y al cabo, se cumplía en nosotros esa ley de la vida que hace que los padres no comprendan a los hijos, y los hijos se separan de los padres. Vendí, pues, la casa, conforme a sus deseos. Pero si lo demás, yo era libre de escoger. Y con el dinero de rescate, compré otra casa, otra que serviría para siempre y para todos, y de la que nunca más nos mudáramos. He comprado una bóveda. Si es ley de la vida que los vivos se separan, es ley de la muerte que los muertos se unan".

La cuestión, pues, fue puesta bruscamente sobre el tapete, y esa vez con carácter definitivo.

Los hijos invocaban y exageraban sus razones; el padre los reprochaba su inconsecuencia; la madre — madre, al fin — procuraba conciliar.

— Conviénese, papá; ¿para que conservar esta casa? ¿Para que nosotros? No nos sirve, porque tenemos que vivir en la ciudad. Y como no nos falta con qué pagar allí el alquiler, es mejor venderla y con el dinero obtenido puedan ustedes viajar, pasear, descansar; recompensar-

los que se hubiera arrojado a propósito!



Josefina Marpons

Ilustración



¡Ni que se hubiera arrojado a propósito!

San Martín Habla Con

Alvear

San Martín pronunció el solemne juramento de práctica. "Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu país sino a aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén en su mano a que los pueblos se decidan por él".

Un viento favorable hinchó el velamen de la fragata inglesa que desde hace días ha penetrado en la región de las grandes calmas. Noches tropicales, húmedas, interminables, pasan sobre el recio maderamen de la cubierta, impregnado de olor a brea, a salitre marino, a cáñamo y a alquitrán. Por sobre la orgullosa arboladura que marca el balanceo del mar apenas rizado, más allá de los enormes vientres de las olas, redondas como odres, ruedan las bellas constelaciones de América. Jovias magnas de la pedería distante: el Puñal de Orión, la Cruz del Sur.

A veces rompe el silencio poblado por el susurro del agua y del viento, una voz callada de mujer que modula las largas cadencias de una copla andaluza; alguna de las damas de a bordo que, a favor del tedio de la larga noche, ha cogido, por gracia, la guitarra.

La fragata, que navega con rumbo a las costas del Plata, lleva un nombre propio para los señores que ahora hincan el pecho de los hombres de aquella región. Se llama, la "George Canning".

Junto a la gran farola de popa, cuya luz disuelve con su lampo dorado la cenicienta penumbra que flota sobre el viejo "marem tenebrarum", dos hombres acedían en la ancha borda cruzante hablan del futuro, tejen proyectos realizables y desmenuzan sus esperanzas sobre la estela que huyen.

"Corriendo el tiempo — apuntará más tarde el historiador que reporta estas palabras — llegó a ser un héroe, y su predicción respecto de Alvear tuvo a punto de cumplirse."

Entregado a sus propios pensamientos, San Martín tiene ahora ocasión de pasar revista a la vida que deja a sus espaldas.

En sus últimos días de Europa, las resoluciones y los actos se han sucedido con aquella rapidez vertiginosa con que el aceptumbra realizar toda cosa decidida. Su gran amigo británico lord Mac-Duff ha contribuido en buena parte para embarrancar en la trascendente aventura que ahora se inicia.

Los reuelos que podía despertar en él la conducta de su acompañante han sido desvanecidos por las palabras prácticas, positivas del experimentado lord, quien le ha demostrado la oportunidad del instante. Ahora o nunca. Tanto el estado de Europa, de España, como el de la revolución naciente en las colonias de América, crean una constelación de circunstancias extraordinariamente propicias para la realización de una gran empresa liberal.

San Martín no tenía sino muy vagas ideas sobre el estado y la marcha de los acontecimientos en el Plata. Solamente el propósito inquebrantable de ser tan útil como pudiera a la causa de su país, le hacía acariciar la idea de la partida. Pero lord Mac-Duff, entusiasta por temperamento de toda empresa gloriosa y arriesgada, no ha cejado en alimentar y animar estos impulsos secretos. Llegado el momento, él ha sido quien, por intermedio de sir Charles Stuart, agente diplomático en España, le ha puesto en las manos su pasaporte para Inglaterra, le ha dado cartas de presentación en Londres y para sus amigos en América, y, llevado de su generosidad, conociendo lo escaso de los recursos de su situación, le ha provisto de cartas de crédito de las que San Martín no usará.

Así es como él recuerda su partida de Cádiz mientras su remolcador se hallaba en Aragón, a corta travesía, sus breves días de Londres.

En Londres, apenas llegado, se reunió con sus compañeros Alvear y Zapiola, que le presentaron a otros patriotas americanos: don Andrés Bello, el mejicano Servando Teresa Mier, Manuel Moreno, enlutado por la muerte de su hermano Mariano, cuyo cadáver acababa de dejar en el mar, y el joven Tomás Guido, a quien, andando el tiempo, había de unirse la más estrecha e ininterrompida amistad.

Rodeada de toda la solemnidad que prescriben los estatutos, se produjo en Londres, en la casa del propio Miranda, su formal incorporación a la "Gran Logia Americana". Miranda, el Gran Maestro, había ya partido para Venezuela, dejando su residencia de Grafton Square al cuidado de los delegados de Caracas, López Méndez y Andrés Bello. Fue, pues, ante ellos que

Ahora que, cómo podrá hacer efectivo el mandato que este juramento le impone? Aparte de que su ciencia militar ha de ser de gran eficacia para la liberación de los pueblos del Plata, que no han contado hasta ahora con verdaderos militares de escuela, nada más puede columbrar San Martín sobre las líneas generales de su acción futura.

Pero, ¿si no se animara un gran impulso patriótico, una inmensa fe en el porvenir, una como misteriosa anticipación de lo ligado que está su destino personal a la gran causa de América? ¿Cómo se explicaría la decisión radical que le ha impulsado a su actual aventura?

¿Qué puede brindarle América que Europa no se lo haya dado ya? Si es una alta graduación en la posesión de América, comienzan a dar los primeros pasos en los Estados Mayores. Si es gloria militar, sus acciones de Arjonia y Bailén lo han señalado a la atención de sus jefes.

Su nombre figura en los partes de las batallas y un brillante porvenir se abre para San Martín, íntimamente conaturado con su profesión de soldado. Si se trata de amistades ilustres, ahí está la del marqués de Couigny que le distingue como al mejor de sus camaradas y le nombra su ayudante en la campaña de Cataluña. Va a dejar una sociedad culta y fastuosa, por el ambiente colonial de los incipientes países de América. Desde los ocho años, cuando en que abandonó su país, San Martín no ha vuelto a poner los

pies en aquellas regiones. Su juventud, su madurez actual y su brillante carrera, todas han transcurrido en la península.

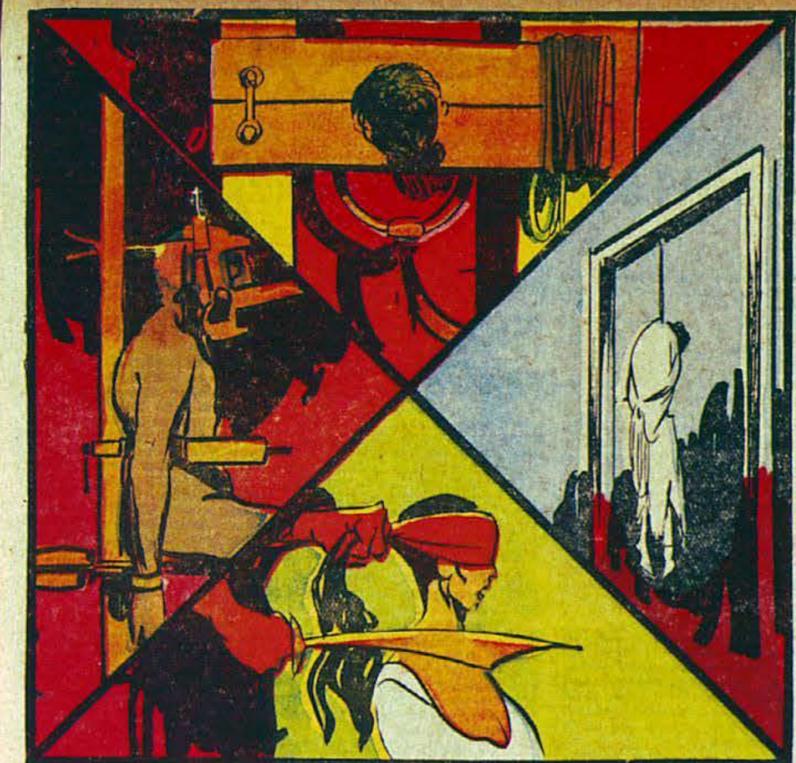
No hay ninguna razón para que San Martín no se sienta identificado con sus compañeros de armas y no se sienta español, cuando toda su familia lo es.

No le cuesta poco este golpe de dados con que se ha decidido a pasar su Rubicón.

En España ha dejado a su madre, anciana ya y enferma de la dolencia que le costará la vida escasos meses después. Sus hermanos, que continúan al servicio de las tropas de la Península, con un criterio monárquico, le consideran acaso un traidor. Su carrera militar, continuada con tan dolorosos sacrificios, con tanto pundonor, con la amorosa y contraria dedicación de todos los días, queda rota para siempre. ¿Adiós su grado de teniente coronel logrado a los 33 años a fuerza de méritos exclusivos!...

Aquí, en la claridad nocturna del Tropic, se aclaran y se agigantan las ideas. Un viento favorable enarca la curva de las velas y precipita los destinos. Por sobre la orgullosa arboladura que marca el balanceo de un mar apenas rizado, más allá de los enormes vientres de los odres, ruedan las bellas constelaciones de América. Jovias magnas de la pedería distante: el Puñal de Orión, la Cruz del Sur...

por José de España Ilustraciones de Rechain



Antiguas Penas

La más antigua legislación que se conoce, es sin duda la Mosaica. La mayor parte de las penas eran corporales y consistían generalmente en apaleamientos y en la muerte. Las primeras, para delitos leves, no debían sobrepasar de 40 golpes para que el paciente no quedara deforme.

Muy frecuentes eran las penas de muerte, a veces por las causas más insospechadas. Así, se condenaba a muerte a quien había construido una casa con poca solidez, o dejado en libertad un toro furioso, consultado a brujas o adivinos, maldiceo a los padres, blasfemado contra el nombre de Dios, y trabajo en un día sabado.

Los castigos eran terribles. Además de la lapidación, que era lo más común en estos casos, acostumbrábase sacar los ojos al delincuente, serrucharlo, aplastarlo bajo las ruedas de un carro pesadísimo, cortarlo en pedazos, echarlo en horno ardiente, enterrarlo en ceniza, etc.

Este variado refinamiento de barbarie se encuentra, a decir la verdad, en casi todos los pueblos antiguos, los cuales consideraban el crimen como una ofensa a la divinidad, y el castigo como una venganza de la misma divinidad.

De la ley del talión, ojo por ojo, diente por diente, no hablamos aquí por ser sobradamente conocida.

Babilonia
De Babilonia tenemos muy pocos datos: el tiempo inexorable ha borrado casi todos los rastros. Donde se alzaban los muros altísimos, casi ciclópeos, los templos, los palacios, los famosos jardines suspendidos, los puentes, los canales, los diques que encerraban al Eufrates, y todos los testimonios de una civilización llena de fasto y de grandeza, hoy no quedan más que arenas desiertas y restos desmenuados de la curiosa Europa excava e interroga. Por todos lados ruinas, silencio, soledad y desolación. Como dijo el profeta, las fieras del desierto viven allí donde se alzara la soberbia Babilonia, y las casas, están llenas de serpientes.

Con las últimas ruinas se han perdido los últimos rastros, y sólo mencionaremos una: Se encerraba al culpable entre dos tablas, dejándole libres sólo la cabeza y los pies, y le embardaban el rostro de miel para atraer a las moscas, obligándolo a alimentarse. Al cabo de quince o veinte días de lenta y espantosa agonía, el desgraciado espiraba roído por los gusanos que pululaban entre los excrementos y los miembros podridos.

Egipto
En Egipto no sólo se juzgaba a los vivos, sino también a los muertos. Antes de bajar al sepulcro, el cadáver era llevado a orillas de un lago que se creía separaba la tierra de los vivos de la región de los extintos, y un heraldo le ordenaba que rindiere cuenta de su vida. La acusación era libre para todos. Los jueces, en número de cuarenta y uno, vestidos de púrpura, sentenciaban por último si el muerto era digno o no de recibir honores fúnebres. En el primer caso era embalsamado y conservado con veneración, lo cual no impedía, sin embargo, que a veces se diera la momia como prenda a los acreedores. En el segundo caso, el muerto no recibía sepultura.

India
En la India, las castas inmutables, que privan de todo estímulo a la ambición, el fatalismo, la inflexible religión que todo lo ordena y todo lo prevé, son factores que aniquilan la facultad y aún el deseo de reformarse o renovarse. En veinte o treinta siglos de existencia, prácticamente nada ha cambiado en la India, no creos y costumbres extrañas. Los mismos errores, los mismos vicios, las mismas virtudes.

Aquella magnífica naturaleza, de una grandiosidad incomparable; aquel suelo oloroso; aquellos bosques impenetrables, poblados por una infinidad de animales salvajes; aquella vitalidad exuberante, sublime manifestación de un creador eterno y perfecto, encienden las imaginaciones o inspiran una melancólica tristeza. Pero el hombre, aplastado por tanta grandeza, siente menos que nunca, y se vuelve fatalista y resignado. Indiferente a todo lo que grita y se agita, a todo lo que anhela, indiferente a la humanidad, indiferente a la perfección, indiferente a los dolores de los demás.

Terrible era la idea que, en otros tiempos, tenían allí de la justicia. El juez supremo era el rey o rajah; y sus sacerdotes, la encarnación eterna de la justicia. En lugar de las pruebas judiciales de rigor, se sometía a los acusados al juicio de Dios, o sea a las pruebas del fuego y a la tortura. El mismo libro que trata de los delitos y penas habla también de los castigos en la otra vida. Según los principios de la metempsicosis, el hombre, después de muerto, se transforma en una criatura sin movimiento, en un pájaro o en un animal inmundos.

En cuanto a las penas aplicadas en vida, hemos extractado de algunos del Mahava-Dharma Sastra. Hélas aquí:

Un falso testimonio se castigaba con una multa muy elevada; al que insulta a un miembro de una casta superior, se le corta la lengua, la mano derecha si el insulto va dirigido a un sacerdote, y los labios si le ha escupido. En casos ya más graves se vierte aceite hirviendo en su boca o en sus ojos.

La mujer adúltera es entregada a los perros, y su complice quemado en una cama de hierro candente. Los ladrones, tras de cortarles las manos, son empalados.

En Birmania, cuando un hombre traiciona a la patria, su mujer y sus hijos son condenados al suplicio.

En Siam, el desenfrenado despotismo que allí reina, ha creado las penas más espantosas. A quien no revela lo que se le ordena, se le corta la boca hasta las orejas; a quien habla demasiado, se le cohen los labios. Por las culpas más leves, se seccionan las piernas al culpable o se le expone, con la cabeza descubierta a los ardientes rayos del sol.

Persia
En la antigua Persia hacían las funciones de jueces los sacerdotes de Zoroastro. Los calumniadores sufrían la pena que habría correspondido al calumniado. No se dictaba sentencia alguna contra el parricida, hasta tanto no era castigada su ingratitude. El primer crimen nunca era castigado con la pena capital, para darle oportunidad al culpable de rehabilitarse.

En cambio, era condenado al postrer suplicio quien, al reincidir en el crimen, demostraba tener un ánimo perverso. A los extremadores se les aplastaba la cabeza entre dos piedras, mientras a los estafadores se les marcaba la frente.

Japón
Del Japón sólo mencionaremos tres prácticas características: la primera consistía en la detención en su propia casa, castigo muy común que también podía extenderse a todos los miembros de la familia. En tal caso las puertas y ventanas son herméticamente cerradas, vedándose a los prisioneros toda comunicación con el exterior, por el término de cien días.

La segunda de esas prácticas consiste en el conocido privilegio acordado a los nobles, de prevenir la sentencia, dándose muerte por sus propias manos, mediante el "hará-kiri". Este acto "rehabilita" al culpable, cuya memoria merece la posteridad como ejemplo de valor y de virtud.

La tercera práctica era una consecuencia de la viva repulsa que sentía el pueblo japonés por el extranjero. Así cuando un peyorador japonés, sorprendido en pleno mar por una tempestad era recogido por una nave extranjera, ya no podía volver a su patria, y si lo hacía, era condenado a muerte.

Musulmanes
La raza musulmana incluye a muchos no sólo unido por la común esencia. Para los turcos, uzbekos, marroquíes, árabes y otros pueblos preselidos de Mahoma, la suprema y la menuda única ley es la del Corán, así como para los indios lo es el código de Manú, y el Pentateuco para los judíos. De los antiguos árabes, indomables y altivos, que no temblaban siquiera ante el yatacán del verdugo, huelga hablar. Todo su sistema penal se fundaba en la venganza privada.

Surgió Mahoma y las cosas cambiaron. El Corán, entre una infinidad de disposiciones religiosas y dogmas, encierra las reglas de la vida civil a guisa de código penal. El adulterio es castigado con la muerte, y el homicidio obligando al culpable a liberar a un esclavo musulmán y a pasar por añadidura una multa de cien camellos. El ladrón sufre la amputación de su mano derecha; para las injurias se admite la ley del tal-

lión, los musulmanes, especialmente en su época de fanatismo religioso, son muy hostiles, pero ello se debe también en parte a que los precedentes judiciales son entre ellos, sumamente enérgicos y expeditivos.

Turquía
Muy crueles fueron en un tiempo las penas entre los turcos, por la ferocidad de los guardiamas y los ejecutores de la ley. Se acostaba a cortar en lonjas la piel de todo el cuerpo, inferir en la carne profusas heridas en las cuales se ponían velas encendidas y pez inflamada; triturar los pies y las manos, y arrojar luego a la víctima agonizante en el barro de la calle. La decapitación con el yatacán era reservada para los crímenes políticos, mientras la horca se destinaba tan sólo a los crímenes vulgares. Las mujeres adúlteras eran encerradas en una bolsa y arrojadas al mar. Los comerciantes que vendían

mercaderías averiadas o alteraban el peso, eran clavados contra una puerta y expuestos a los rayos del sol, para servir de ejemplo al transeúnte. Pero la pena más usual era el suplicio del palo; se sujetaba al delincente en un palo que penetraba por el vientre y salía por el cuello, sin tocar los órganos vitales. De este modo el reo podía vivir hasta 24 horas, sufriendo una terrible agonía, expuesto al sol y con la cara embadurnada de miel para atraer a las moscas. Y para terminar con todos estos horrores, citaremos las palabras que pronunció Marco Polo cierta vez al hablar de los tártaros: "Quecen a los reos y después se los comen".

China
En China no habían antiguamente ni abogados ni jueces. Pero, así y todo, los procesos se despachaban con suma rapidez. Las disposiciones penales eran claras y sencillas, aunque abundasen los detalles pueriles. Era castigado quien no visitaba de vez en cuando las tumbas de sus padres o quien se perfumaba con esencias de rosas. El juicio era sumario; una vez escuchada la acusación y los testigos, que recibían azotes cuando no declaraban lo que quería el mandante, se pronunciaba la sentencia, que se ejecutaba en el acto ante el tribunal. Pena muy común era la flagelación. Para los chinos no hay castigo más grave que el destierro, al cual son condenados los mandarines por delitos políticos. Los fumadores de opio fueron condenados, por una ley promulgada en el año 1837, a ser marcados en la frente. El padre que da muerte a su hijo sufre la pena del azote, mientras el parricida, el traidor y el sacrilego son condenados al "ling-chi", o suplicio de los cuchillos: el reo es fuertemente atado a un palo, y el verdugo, desde cierta distancia, le arroja los cuchillos que el magistrado



LA MUERTE Y SU TRAJE



"EN mi juventud me tocó ver y actuar en un acontecimiento singular y terrible que tuvo por escenario las inmediaciones del antiguo Chucuito — no quiero mentar su nombre actual — gran lago del Perú y Bolivia. Fué aquello durante el Carnaval de 18...

...Yo ya soy viejo y han pasado muchos años desde entonces, pero aun ahora, no puedo ver una mascarada sin estremecerme por el recuerdo de aquel horror...

...Se que aquello sucedió, sé que no es un sueño, pero también los sueños "suceden" y el alma anda entre sueños. Si quisiera hacer una evocación rápida y sintética, para mí mismo, como un "aguafuerte", pondría sombras, trazos de luz como gritos desahogados, vapores de alcohol y de narcóticos, un chisporroteo, una extraña risa diabólica..."

El que así había hablado era Mr. Cunningham, hombre huesudo y seco, de facciones energicas, pero que tenía una actitud meditabunda y esos ojos forma almendra, algo oblicuos y soñadores de algunos ingleses. Tomó el vaso de cerveza entre sus dedos largos y hábiles y empezó a hacer girar circularmente el resto de líquido que quedaba para ver si hacía espuma. Como no la hiciera, apartó el vaso y pidió al mozo whisky añejo, de ese del norte de Escocia, que pone el presupuesto, los impuestos, las rentas públicas y quién ocuparía el gobierno. Esta, la de gobernar, es industria de veinte países sudamericanos... Yo me llevaba del Perú y Bolivia varios miles de plantas de la coca para aclimatarlas en colonias inglesas. No pasó mucho, no mucho que, nosotros en Inglaterra nos apoderamos del mercado mundial de cocaína. Pero sudamericanos aumentan presupuesto, piden plata a ingleses y se muestran los dientes y saben porque no tienen riqueza y el presupuesto anda mal por muchos militares y políticos que tienen muchas ideas de gobierno y finanzas y para aplicarlas hacen revoluciones...

"Anduve por Lima, El Callao y después fui a Oruro. En Chile, en Antofagasta, cuando en aquella época feliz en que el guano y los nitratos estaban por las pubes y sonaban los taponazos de las botellas y el baile y la danza por el aire y la revolcada por los suelos, me fué presentado un muchacho, lindo muchacho. Buen mozo y artista, como dicen ser todos los privilegiados de esos lugares, que tienen algún refinamiento y no tienen nada que hacer. Sensibles mucho, dicen ser, sensibles y sentimentales, pero digo yo, ¡oh! ¡culpable a mí, que sentimentalismo y crueldad van muy parejos, porque el sentimentalismo es para las víctimas que hace, aunque sean mentales..."

Esto dicho y que creyó estar muy claramente explicado, sorbió un trago y prolongado trago de whisky, y continuó:

—Son también muy vengativos y... bueno, el muchacho se llamaba Morris, había heredado una gran fortuna de su padre, un patrimonio que había especulado felizmente con el azúcar en Cuba. Además, su familia por parte materna hacía tiempo que había hecho una gran fortuna en Potosí con la industria minera. En una palabra el muchacho era un multimillonario, joven, sin familia. Un hermano suyo había muerto asesinado por causas políticas. Multimillonario, joven y sin familia, condición ideal para todas las virtudes y todos los vicios. Única y verdadera posibilidad de escoger. Único libre arbitrio que otorga raras veces el determinista terrorista...

Nos miramos para ver si Mr. Cunningham no se había vuelto loco y boboteo a tono.

—El muchacho parecía inteligente —continuó Mr. Cunningham— hablaba inglés, se conocía que había sido de buena familia. Para no ser inglés, no estaba mal. Poseía algo de instrucción y educación.

—Gracias, se me ocurrió decir, por lo menos hay algo que no es tonto y que no está mal. Los oblicuos ojos de almendra me miraron en una forma tan envolvente, que ya me parecía ser colonia o protectorado de esa mirada.

—Yo estaba desocupado, por aquel entonces. Todo estaba listo. Podía disponer de unos quince o veinte días antes de tomar el vapor para Singapur.

Se acercaba el carnaval, y, bueno, vamos a farrear un poco y conocer costumbres. Pensaba en un programa modesto, ver y observar en lo posible la psicología de países que acaso no volvería a ver en mi vida. Porque yo era en aquel entonces un extraño chico (no tan extraño entre ingleses) de hombre práctico, comerciante, que se detiene a sonar y fantasear cuando los negocios no le dicen ¡vení!... ¡qué casualidad!, pensaba en la diversión sin lujo, en el tren de Oruro a La Paz, cuando se me acercó al pullman inespablemente mi amigo de Antofagasta, el joven Morris. Tenía una mesa cerca y venía tomando champaña seco y comiendo con varios amigos.

—Si no tiene nada que hacer, Vd. se viene conmigo, Mr. Cunningham.

—Pero ¿adónde?

—Vd. se viene conmigo, ¿if you please? Yo le prometo un carnaval divertido.

—¿Adónde va usted?

—A mi casa, cerca del lago, venga... lo llevo.

—¿Dónde... no lo conozco bien yo a este hombre, pero mi anterior idea de entretenerme un poco antes de dejar América, encontró una linda escape.

—Aceptado, ¡all right!

—¿Iba usted al hotel?

—Si.

—¿Usted se viene ahora mismo conmigo, a mi casa, cerca del lago, donde tengo algo más que todas las comodidades (cerré el ojo izquierdo como para tirar al blanco, al mismo tiempo que apretaba la mano derecha).

—Esto, entre criollos, quiere decir mujeres, ¿no? ¿Ustedes son criollos, dijo Mr. Cunningham.

—Sí, Mr. Cunningham.

—Sí, me refiero a los criollos españoles.

—No batíamos en La Paz, pero como era demasiado tarde por el atraso del tren, nos quedamos a dormir en la ciudad. A la

mañana siguiente, y después de un corto almuerzo, una gran caravana de automóviles emprendió viaje a la residencia de Morris, que estaba cerca del lago. Viaje interminable como todos los viajes de esas partes altas de Sud América. Yo iba bien abrigado, y, aunque era verano, hacía frío, y todas las combinaciones de tren, automóviles y vuelta a cambiar, las hice como un sombrero y cuando llegué, me tumbé como durmiendo verdadero en un lecho y aposito en que la distorsión que le daban la senescencia nocturna, los cocktails de Oporto y el Dry, todavía no permitían apreciar como a la clara luz del despejo y del día, la distinción de su lujo sencillo, el adorno de las paredes, la belleza de los muebles y una decoración incaica armoniosa, muy distinta de la falsificación de los cotorros y "garconieres" de Buenos Aires.

"A la mañana, cuando salí y miré la casa, me llevé una decepción. En vez de la construcción artística exquisita o de aspecto de chalet o castillo que era de esperarse en dueño tan espléndido, me encontré con una serie de piezas muy grandes, que parecían de madera, aunque con algo de color blanco grisáceo y metálico. Conté hasta ocho. Piezas rectangulares de unos doce metros de largo por seis de ancho y otro tanto de alto. Aunque eran bonitas por la feliz disposición y combinación de líneas de los aleros y la colocación de las puertas y ventanas, no se podía dejar de reparar en el extraño gusto para un dueño multimillonario, de edificar una residencia que más parecía un tren o galpones en fila, que una verdadera casa para placer o veraneo. La yerba fina y untuosa llegaba hasta la misma pared como si ese gran tren inerte se hubiera detenido en una estación proyectada o hipotética y dejado invadir por la vegetación. Todavía no había mirado los alrededores, cuando llegó Morris:

—Ya sé, ya sé —me dijo— que usted no aprueba, y se sonreía. Ya había pensado usted: South America, mal gusto, cualquier cottage de la vieja Inglaterra... etc.

—Pensaba en lo raro...

—No piense, mire alrededor.



Miré. El sol que ya se había levantado unos grados, me hizo ver un espectáculo sorprendente: en una pendiente que subía gradualmente en una parte a unos cien y en otras como a doscientos metros, había una serie de colinas o abolladuras de diferentes tamaños. Muy bien dibujadas y dispuestas en progresión creciente hacia el horizonte. Todas estaban plantadas de árboles y arbustos hermosos y, he aquí lo más extraordinario: todo estaba embalsado con mosaicos en los que había dibujos que seguían un vasto plan decorativo. ¡Un bosque embalsado! ¡Y las baldositas circundaban bien los troncos, de modo que no se veía tierra ni rascas! Los dibujos tomaban vuelo en las falda y ondulaciones de ese terreno quebrado. Todo limpio. El contraste entre el ocre de los troncos y el verde de las copas con el suelo esmaltado, era de lo más singular, algo de una preciosidad única y original.

—Oh, qué raro! ¿Y por qué lo hizo usted?

—¡No es lindo!

—Es asombroso y me gustaría ver qué efecto hace pasando en él. Debe de haberle costado a usted mucho, pero mucho, oro a montones, ¡y la conservación y limpieza!

—Como planeo y realizo, sí, y como conservación también; pero el oro... ¡bah! Es cierto que gusta por sí mismo? No cobijo ese gusto. Entre un montón de monedas amarillas o billetes todos iguales y feos, o un montón de acciones que representan fábricas y hornos... ¡y esto que usted ve.

—Verdad; además es original. Solo que, en fin... yo soy pobre... no me gustan las cosas demasiado vastas y esforzadas: insultan a la simplicidad.

—Pero más se insulta a Dios, teniendo mucho en cajas fuertes y no consumiendo sino una parte mínima de ello; Pero dejemos esto. Ahora va a ver lo más singular que tiene la casa, y es que podemos pasearnos en ella cambiando así de perspectiva.

Me hizo ver unos rieles ocultos en la yerba por los que se deslizaba la casa en cuya primera pieza había un poderoso motor disimulado.

—Disculpará usted la falta de gusto de los cuartos en hilera, pero no había otra forma de viajar y estar quieto. Además, la casa puede marchar hacia el lago, introducirse en él y navegar merced a un amplio y herético reborde que tienen todas las piezas y que le hace colar. Hay también un dispositivo para entrar en el lago según el nivel del agua que baja. Se entra a él como a una Estigia. El poder trasladarse con la casa hace que el placer que se goza adentro no tenga la monotonía de un mismo horizonte.

—¿La casa puede moverse, eso tan pesado?

—¿Por qué no?

—Me gustaría verlo.

Morris caminó hacia unos galponcitos que había a cierta distancia. Volvió con un mecánico.

—Es mi piloto, dijo.

El hombre me saludó y dando una carrera se metió por una pequeña puerta del primer aposento-vagón. Al rato se oyó el ruido de un poderoso motor disimulado, ruido que llegaba apagado por dispositivos y acolchamientos especiales, según me dijo, y la casa, con trabajo al principio, se puso en movimiento.

—¿Qué tal?

—Oh, oh! ¡Bien, bien! Felicito a usted, Mr. Morris.

Sinceramente pensé que este hombre gastaba, pero sabía hacer las cosas. Al mirar de nuevo la casa, reparé que los grandes cuartos estaban unidos por una plataforma donde había aparatos de enganche como en un tren. Pero la plataforma que separaba el primer aposento de los restantes era mucho más larga que las otras, lo que daba lugar a que pudiera encajarse allí una especie de aeroplano, o más bien cabeza de aeroplano, provista de una hélice muy potente. El todo miraba hacia la hilera de aposentos-vagones y formaba parte de ese bloque. Delante de esta hélice, había tres enormes copas de bronce en forma de grandes cálices. Estaban cinceladas con arte, y, lo que hubiera quedado bien frente a una construcción severa, de piedra, allí desentonaba por la helice y la falta de arquitectura. También entre los otros vagones había más copas, pero de menor tamaño.

—Y eso, ¿qué significa?, pregunté.

—Son símbolos.

—¿Alguna tradición peruana, del antiguo Curco?

—No me contestó, y después de suspirar, dijo al rato:

—También es el lugar de los pebetes y perfumes, y la helice la encargada de hacerlos recorrer las dependencias.

A todo esto oímos ruido y algazara. Risas de mujeres y el bordoneo de las voces masculinas. Un montón de muchachos, entre los que había algunas mujeres, se nos acercaron. Fui presentado a algunos, porque eran muchos. Casi todos tenían apellidos dobles, cosa que es costumbre lujosa en Sud América, y yo, al saludarlos, les daba las dos manos.

—¿Por qué?, pregunté.

—Una por el padre, y otra por la madre que los tiró al mundo...

Bueno como les contaba —dijo Mr. Cunningham— Morris anunció que el baile de trajes no podía realizarse antes del último día de carnaval, por algunos inconvenientes en la fabricación de trajes, y otras cosas que había ideado, y que estaba terminando

unos obreros en aquellos galponcitos, y señaló unas construcciones bajas que estaban a cierta distancia. Nos rogó que nos entuviéramos mientras tanto con las damas. (Había tantas como hombres mujeres casi todas francesas, y como adivinarán ustedes, de alquiler). El aposento-bodega, la despensa y cocina, estaban a nuestra disposición. Había allí cuanto pudiéramos desear. Fuimos a visitar esas dependencias, y, en efecto, estaban provistas regiamente de vinos, licores de marca y provisiones.

En este ir y venir, mis ojos descubrieron otros bellos y tristes, y como no huyerán, me acerqué. Me presentó. Ella se llamaba Angelina, era suave y reservada y a poco de tratarla, descubrí la gracia y buen gusto de un espíritu afectado quizá de un modo muy lindo por la tristeza. ¡Oh, impresiona más que en otros casos, la tristeza y reserva de una mujer por cuyo desdén llorarian hombres afortunados! ¡Por qué no decirlo que instantáneamente me enamoré, sin que entienda para nada en esas circunstancias el deseo de posesión! Era más bien una reverencia de mi alma a una criatura delicada y selecta, y luego ¡esos ojos que parecían violetas, y a veces, una llama de alcohol detrás de un vidrio azul!

Salimos a recorrer el bosque embalsado con mosaicos.

—¿Cómo ha sido tratada por los hombres y las cosas? — pregunté, tómandole una mano con la delicadeza con que se toma la mano de una enferma querida.

—Pas mal, para mí: condición; sonrió; rió después, con una risa histérica. ¡Muchas adoraciones! ¡Oh, acá hay muchos poetas inflamados, muy eróticos, indios muy vestidos y sensibles, lirones tropicales. Se creen buenos por eso.

No pude menos que reirme ante un juicio tan justo. Caminamos, de pronto eché a correr en un espacio libre de árboles. Me senté y acondicione la pipa para aspirar el aroma del Virginia, Y... un rato después oí un grito. Acudí. Angelina me mostraba horrorizada un tigre en acecho. Pero ya su expresión era de duda. Me acerqué. En un repecho del mosaico se figuraba la fiera con un propósito decorativo, de un modo admirable, con pequeñas baldositas y esmaltes. Por los ojos del tigre salía una llama sangrienta. Un triunfo de artista. Nos reímos.

De regreso ya se vió que la invitación a la despensa, bodegas y cocina no había sido vana. Mucha alegría y taponazos, mucho escanciar, mucho apurar los vasos, porque esos indios elegantes saben beber; y luego ¡son tan apasionados!...

Varios días pasaron en una orgía extraordinaria, durante los cuales se dormía poco y se hacía toda clase de desgastes nerviosos, erotismo, juegos, locuras, y nadie se daba por vencido, aunque muchos ya estaban demacrados y vacilantes. Parecía aquello una puja por sobrepasar en gozes y delirio, y los únicos que no mantuvimos algo apartados, sin participar a cuerpo entero en la alegría tumultuosa, éramos Morris, yo y la bella Angelina.

Pero llegaba ya el último día de carnaval. Todos fuimos alados en una excursión larga, para dar tiempo y permitir la preparación de decoraciones y trajes sin que nuestra presencia y tumulto molestaran a los obreros.

Fué una excursión compensadora de la lecura de placeres de días anteriores. Los aficionados a lo natural hallaron un placer que no esperaban después de un ritmo tan apresurado y saciaron su apetito con simples meriendas campesinas que les sentaron muy bien y repararon el estrago que empezaba a sentirse por la emulación en el abuso y la jactancia, que suelen ir muy juntas.

Volvímos todos a las primeras horas de la noche de ese día. Lo primero que nos llamó la atención al arribar, fueron los aposento-vagones iluminados con una luz roja intensa. Morris nos dijo que la entrada en ellos la efectuábamos a las doce de la noche, hora en que empezaba el baile, pero que si la comida nos de-



moraba, lo haríamos más tarde. Eso sí, a las doce de la noche estaban listos todos los preparativos. Desde esa hora en adelante podíamos acudir los contentillos a voluntad. Morris iba y venía, se atareaba pero a pesar de todo no dejaba de beber. Cenamos entretanto opíparamente en los galponcitos donde se habían trabajado y cosido los trajes y decoraciones y que estaban libres y bien arreglados como para una cena delicada. Esta fue larga y ruidosa, muy bien regada por los Graves y los Sauternes, los Chiantis y los Laffites, y la sobremesa fue larga y durante ella se mezclaron por igual en las bocas el sabor de los besos y la brasa delicada de los licores fuertes.

Unos treinta y cinco o cuarenta jóvenes, entre los que había algunas mujeres y algunos hombres maduros, fueron a uno de los aposento-vagones a vestirse para la mascarada. Quedamos en la mesa varios: Angelina, Morris y yo y algunos otros, todos los cuales éramos más bien espectadores... Aunque yo, a decir verdad, hacía rato que era un espectador bastante indiferente de lo que no fueran los ojos de Angelina. Vi que Morris le demostraba también interés y le dedicaba lo más rendido de su admiración, pero en sus ojos se leía que otra cosa lo preocupaba y por encima de todo en aquel momento: el baile y disponer las cosas para su realización. Conversando, no advertimos que había desaparecido. Nos demoramos mucho, de modo que cuando llegamos a la fiesta, hacía rato que había comenzado.

Al entrar en los aposentos no pude reprimir del todo mi disgusto. La visión que ofrecían las piezas en hilera era la de una vasta capilla ardiente. Gran profusión de paños y colgaduras de colores negros y oscuros con franjas plateadas y lágrimas de plata. Crespones fúnebres, candelabros y vitraux color escarlata. Pero nada de pacotilla. Nada de esas "galas" ordinarias y vulgares que deben durar un día o dos y después tirarse... Paños con adornos sombríos y profundos de la seda y del damasco. Colgaduras y paramentos de ébano lustrado; lacas en las que parece verse más allá de su superficie un espacio misterioso. Abundancia de espejos circundados de crespones y terciopelos. Un lujo de lo lúgubre. La música marcaba el ritmo de melopeas y se oía el sonido de las quenetas.

¡Era gente ebria y harta, encontraba un placer en ese remedio anacrónico del romanticismo y de la moda poético-sepulcral de 1830 en adelante y varios lustros después!... ¡Tolderías que remedan imaginaciones europeas con largos años de atras! Una luz color de sangre iluminaba pequeñas comparas y máscaras aisladas. Casi todos se bamboleaban y gesticulaban. Junto a mí pasaba el disfrazado de calendario; llevaba un grande en la espalda y proponía a todos: ¡Sácame una hora!; y cuando lo sacaban decía: "¡Saca la última hora! Vete y 'baja' con ella. El disfrazado de espejo que se empañaba, lo seguía. El cuerpo del hombre semejaba el mango y de su espalda, como de un asta de bandera, salía un espejo que, a ratos, se empañaba. En el marco tenía dos inscripciones: "Por el cielo pasan nubes y agonías". "¡Quietos están que de agua que reflejan el cielo, son los muertos". Estaba tan bien la máscara, que casi no se veía; la desmpeñaban algunas señoritas con certificado de defunción prendido en el talle, buenas muchachas que todavía no vivieron vida mundana y amorosa, que se esforzaban por lucir sus "toilettes" de entrada en sociedad, dar un paso de danza, o responder a un "dites nous quelque chose, mademoiselle". Tenían actitudes graciosas algo trabadas; pero una risa amarga, un rictus les paralizaba y habalá todo impulso, porque se "sabían incomunicables" y que sólo vivían en algún sueño, evocación, o recuerdo. Entre ellas andaba un poeta cuyas gudejas de sauce caían en llanto negro sobre su cara enflaquecida. En la espalda llevaba algo como una caja plana, de cartón que imitaba una losa sepulcral, con esta inscripción: "Bajo su sepulcro está mi alma — Yo, yo, su prometido". Iba susurrando: "era débil la pobre-cita, era bonita y delicada. Un día se hizo hacer una ondulación per-

Cuento de
Santiago Dabove

★

Hacia rato que la casa se había puesto en un estado perfecto. Los aromáticos cigarrillos que se distribuían se había dedicado el perverso hashich, que aumentaba los gozes de los sentidos, pero también los terrores. Vi a Morris taciurno y los ojos le brillaban como si tuviera fiebre.

—Entráramos en el lago. Salí a una de las plataformas para ver el paisaje, si se podía. Compré que nadie se interesara por este último y continuaban su orgía como si tuvieran anteojeras. Podía observar este cuadro: La luna roja iluminaba un tajo profundo, una especie de cañón ancho que cada vez se ahondaba más, hasta tomar las aguas del lago. En ese punto el cañón era muy profundo y, por consiguiente, las paredes altas en proporción. Sus bordes altos no eran parejos, sino dentados y tenían también unas crestas muy grandes, lo que daba a todo el conjunto un aspecto salvaje, imponente, al mismo tiempo melancólico. Me acordé del dicho de Morris: "Entramos al lago como a una Estigia". Pensé: "En verdad, parece que dejamos el mundo de los vivos. Dentro de poco seremos sombras del lago. Pero los locos van a las tinieblas con su cabeza loca que parece una llama de alcohol".

El movimiento, la trepidación de la casa se hicieron blandos; flotábamos. Morris parecía ahora nervioso y excitado. La casa aumentaba gradualmente la velocidad.

Nuevas máscaras aparecieron: los hombres de frac que con un ensanchamiento en forma de trapecio en la espalda y los faldones del frac, vistos de atrás, completaban un atado perfecto. Los enterradores con carretillas llenas de coque a los que habían puesto ojos humanos imitados y que gritaban: "A comprar, a comprar cráneos con muchas hectáreas de espacio y con mucho tiempo "a priori" y con garantía. Con muchas construcciones e imágenes. Señá 10 o/c, comisión 2 o/c.

Yo estaba cerca de Morris, que hablaba en ese momento con una mujer. Sonó un toque de campana musical y se apagaron las luces. Fué un minuto de pavor. Oyéronse aullidos. Las luces volvíéronse a encender, pero mucho más débiles. Unos hombres pasaban echando un líquido en las copas de bronce. Luego que llenaron todas, una especie de diablo ágil que corria y gesticulaba, pasó blandiendo una antorcha encendida, con la que tocaba cada una de las copas. De todas ellas brotaban llamaradas, lenguas rojo-azules que se retorcían. Y los reflejos producían un efecto fantasma órico, transformando a todos en verdaderos espectros. Las sombras, que se multiplicaban en los espejos y lo desahucado que pone la droga, empezaron a asustar a aquellos héroes de la simulación de la muerte.

¡Oí un diálogo rápido entre dos máscaras:

—Ya no me está gustando esto, ¡Morris parece un demente, y estos son juegos peligrosos!

—El "perro de Morris" ¡siempre le he desconfiado! ¡Está a paca de los grotescos! ¡Qué busca ese loco? ¡Si lo interelaramos!

Alcanzó a Morris, que iba hacia el primer departamento.

—¿Qué pasa, Morris?, ¡hay algo raro en todo esto!

—Me miró, y lo vi transfigurado.

—Ya dí las órdenes, me dijo; todo está listo.

—Sus ojos fríos y su expresión triunfante me sobrecogieron.

—Venga, usted, y vamos, y me agarró brutalmente de un brazo, mientras me decía: ¡Yo no soy un hombre, ¡Soy "El Vengador"!; el que se venga es un semi-dios antiguo, ¡un Dios!... ¿no ve mi cara? ¿tengo cara de hombre?

—Me arrastraba a mí pesar, y eso que yo era fuerte. Iba diciendo:

—Los mando al infierno, como ellos, sus padres o secuaces mandaron a mi hermano. ¡Reprálmis! ¡Que me vengas, para mí no hay cosa más divina que cobrar estas deudas!

—¡Por Dios, Morris, por Dios!

—Ya estábamos en el primer departamento-wagon.

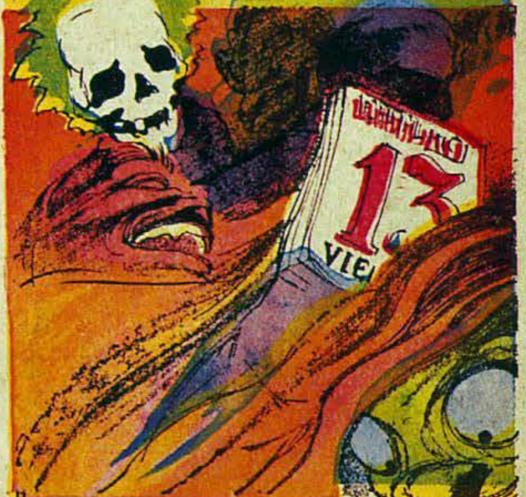
—Morris, déjeme tiempo para...

—Nada, nada, todo está previsto, ya están avisadas las mujeres.

—Antes que yo pudiera reaccionar, se oyó un poderoso toque de silbato y todas las mujeres vinieron corriendo al primer aposento. Hubo en los hombres expectación y duda; el hombre reacciona más lentamente que la mujer!

En un instante quedó cortado el tren de aposentos, y separado el primero de los demás. Y la helice del aeroplano, volteando furiosa, a 2000 revoluciones por minuto, voló hacia con su ventanilla el inflamable encendido de las copas, que se pegaba en grandes motas azul-doradas a las maderas y colgaduras. Se oyeron gritos lamentables y chisporroteo furioso... Pero yo no comprendía bien... ¿qué había hecho de mí el hashich? Recién pensé donde estaría Angelina. Miré rápidamente entre las mujeres y no estaba. Los gritos continuaban. ¡Ah!... Se olvidan presto frente a la muerte todas las veleidades y fantasías macabras. Pero... ¿Angelina?

El primer aposento derivó y se puso frente a los restantes como si se acomodara en una platea. El fuego era un soplete que todo lo destruía. Morris, borracho, voceando, y con una pistola en una mano, no podía saberse si dirigía el salvamento u ordenaba la catástrofe. Yo pude observar, semi-narcotizado como estaba, que ninguno de los que optaron por tirarse al agua era socorrido. Morris era interpelado por la tripulación y echado al agua por la fuerza de una punalada.



...Pero... ¿esto es verdad o sueño? me autointerrogaba, porque uno de los efectos del hashich en mí es dividir mi personalidad, mi yo en dos, como si cada hemisferio cerebral fuera autónomo y pensara por su cuenta. Y en ese sueño-realidad, la ví a Angelina en el peligro.

...Y, ella, ¿qué hacía?... estaba allí extática y lejana, con ojos que parecían más tristes que nunca, más indiferentes, más vidriosos, como si una "Presencia" enorme le quitara el sentido de la realidad. ¡Angelina, Angelina!, ¡huye, ven pronto!... Pero ella seguía mirando el abismo con un interés terco que era un suicidio. Corría, creí correr, porque a duras penas me movía. Alguien me detuvo. Y Angelina seguía allí quieta, pero se veía que era una mujer de porcelana que lamian y resquebrajaban las llamas. Cayó con un ruido de estatua. ¡Oh!... ¡yo estaba loco!

Pero... ¡ella renunciaba a la vida!... ¿por no querer sacudir un puro ensueño de felicidad, o porque tenía adentro suficiente desengaño como para hacer la suprema renuncia con sonrisa indiferente?...

Mr. Cunningham nos dijo después:

—Yo no sé si la habrá recibido un Dios, pero si es así que lo destinó un lugar, que se acuerde de este pobre inglés que se enamoró "con patas y todo"... y me reciba también a mí, dondequiera que sea, en cualquier infierno... pero, cerca de ella... Porque si alcanzara un gran amor, hubiera sido su purificación. Pero, basta de historias. Son las cuatro de la mañana.

Nos levantamos y salimos rápidamente. En el coche esperábamos a Mr. Cunningham, que venía tratando de encender la pipa.

Ilustraciones de
PREMIANI

Jack Dempsey Intimo

por
JIM TULLY



E desmorona su frente. Sus orejas cierran la cabeza. Y debido a que el "manilino" siempre se mostró severo cuando se trató de "encerrar a Dempsey", esas orejas no están deshechas como las del campeón de los pugilistas. Sus ojos son pequeños, vívidos, suaves y rápidos en el ring. Detrás de las cuerdas, ellos refuigen a lo vitoria, en un mirar firme.

Su cuerpo salta hacia arriba cuando camina, como si sus talones fueran gruesos trozos de goma. Sus músculos son sueltos, sin formar abultamientos. Igual que el tigre, el peleador nato no tiene abultamientos de carne en los músculos. Cuando se mueve con rapidez, lo que ocurre frecuentemente, sus piernas parecen hacerlo levemente para dentro, y sus rodillas se rozan, hábito sin duda contraído en el ring, para mejor mantener el equilibrio bajo los golpes del adversario. En las conversaciones, nunca discute cualquier cosa. Dice "usted quizá tiene razón" o, en caso de duda, "no sé nada acerca de eso".

Jamás dice sí o no enfáticamente. Ama las carcajadas, la alegría, el ruido, los sonidos metálicos, el instante álgido en los melodramas, el encanto de lo femenino. Sumamente entregado en los valores del pecado, no clasifica a hombres y mujeres de acuerdo con su moralidad. Es de sangre india, irlandesa, escocesa y judía. Se siente contento al aire libre mientras ve animales a su alrededor. Como de muchacho, reunía a todos los perros perdidos de la vecindad. A diferencia de casi todos los hombres primitivos, no es religioso en medio de las fuerzas abrumadoras. De honda compasión para todos, carece de sentimientos para los que padecen en forma más sutil de la que él puede entender. Demasiado honesto para tener pretensiones, la adulación de los necios nunca pudo hacer de él un comentarista de cuarta categoría acerca de Shakespeare. Posee una divertida tolerancia para las cosas raras de los demás. Cuando los cronistas deportivos, que han oído hablar de Shakespeare, mencionan la admiración de Tunney por éste, Dempsey sonríe y en una ocasión dijo: —Ese muchacho hace bien si es que eso le sirve para algo. No padece prejuicios raciales. Demasiado inteligente para ser un patriota encogido, no tuvo deseos de morir durante la guerra mundial por una causa complicada que no comprendía.

No quiere hablar de la muerte. Cuando le habló del fin de Ernie Schaaf, después de su encuentro con Carnera, frunció el ceño breves segundos y dijo rápidamente: —Muy malo... el también era un buen muchacho. Y siguió sirviendo bebidas a un grupo de muchachos. Sus parientes y mejores amigos lo siguen todavía llamando "campeón". Fuma muchos cigarrillos y rara vez bebe algo intoxicante. Su bebida favorita es la cerveza, que sorbe lentamente. Nunca se encuentra sin numerosas monedas de medio dólar en los bolsillos. Es el blanco de los pedigriles, a los que nunca se muestra esquivo. Una moneda de plata se desliza como por casualidad en manos del que le pide. Los parientes necesitados llegarán a mostrarse tímidos para solicitarle siquiera una pequeña suma de dinero. En lugar de los cinco dólares pedidos, entrega cincuenta.

Si un amigo admira su pañuelo o el reloj que usa, se lo entrega. Si es que compra algo para sí, hará lo mismo para el amigo que le acompaña. Viéndose constantemente con miles de personas, nunca olvida un rostro ni las circunstancias en que lo conoció. Ha ganado cinco millones de dólares, aproximadamente. De esta cantidad, una mujer, ha recibido alrededor de un millón, los abogados otro millón. Jamás de palabra o por gestos ha evidenciado el menor resentimiento por ellos. Es capar de un humorismo sardónico. Cuando, después de ser presentado a un juez, yo me negué a estrecharle la mano debido a que usaba toga, Dempsey hizo lo mismo. El hombre de la ley, ligeramente enervado, apeló en vano ante Dempsey. Llegó un rumor de la multitud, hombres todos que debían enfrentar jueces. Su mente es la más rápida que conocí entre pugilistas. En una ocasión, durante un simulacro de asesinato, él fue encargado del papel de acusador. Su parte consistía en abandonar la habitación mientras se perpetraba el crimen. Después de regresar, debía preguntar a todos los presentes lo que había ocurrido y así descubrir al criminal. Él buscó a los supuestos criminales entre un grupo de veinte. Sus preguntas fueron tan rápidas y directas que la "autora" tuvo que confesar. Sabe observar desde un rincón del ring cualquier auditorio y calcular mentalmente sin equivocarse más que en unos cientos de dólares, cuál ha sido la entrada de boletería. Durante su última gira de exhibiciones no firmó contrato por menos de cinco mil dólares por exhibición. Con una miraba abarcaba el producido cada noche.

Goza de popularidad entre las mujeres. Producto de un mundo en que predomina una sola clase de mujeres, no abriga ninguna ilusión acerca de las otras. Saluda a todas las clases de mujeres con la misma amabilidad. Su costumbre, a menos que sea una mujer demasiado alta u obesa, consiste en palmotearle la parte curva de su anatomía. El puño de hierro que derribó a Willard, puede, en ciertas circunstancias, ser suave como una seda. A todas las llama "hermanas". Costumbre de los días en que los alimentos eran escasos, frecuentemente me ha saludado con esta pregunta: —¿Ha comido ya? Tiene la amabilidad de la fuerza consciente de sí mismo. De cualquier manera, ningún hombre de ochenta años podría sentirse tranquilo con él, estando en un ring. Cuando un antiguo pugilista hizo colapso bajo sus puños, en un campo de entrenamiento, yo le dije: —Eso está mal. —Cuando uno se coloca detrás de las cuerdas, se supone que es para recibir — me respondió. —Se acercó al pugilista de ríndio. —¿Se siente bien? — le pregunté. El pugilista permanecía tirado en el suelo, con la garganta rota, al parecer. Murmuró: —Sí, Jack. —¿Así es la cosa — repuso Dempsey palmoteándole el hombro. Yo me volví para contemplan al caído, mientras Dempsey me decía: —Yo aprendí mi lección a comienzos de la carrera... contra Bill Brennan, un excoche de muchacho, y buen peleador. Simpatizaba con él y deseaba dejarlo actuar un poco, lo mismo que satisfacer al público por el dinero que había pagado. El me alcanzó en el tercer round con un directo en la mandíbula que me dejó medio inconsciente. No me di cuenta de nada hasta llegar al duodécimo round, cuando me recobré y lo despatché. Después de eso, me convencí que debía acabarlos cuanto antes. Es tan difícil para Dempsey frenar un golpe como para una pantera contenerse ante una presa. Pero siempre está presto para ayudar a un adversario vencido, una vez en su rincón. No se le puede hablar de sus bondades hacia los otros, ni de inconducta de los demás para con él. Una vez que estaba a su lado en un lujoso hotel, una mujer llegó a la puerta de su departamento. Era una mujer de vida airada que le brindara su amistad en épocas en que ambos fueron más alegres y jóvenes. —Me miró el empleado y me dijo que no estaba — dijo ella. Dempsey palmoteó sus caderas y le respondió: —Siempre estoy para tí, hermana. Ella le refirió la historia vulgar de la mala suerte que toca por igual al vicio y a la virtud.

Ella deseaba regresar a su pueblo... novecientas millas de donde nos encontrábamos. Necesitaba ropas y un pasaje. Dempsey salió de compras con ella, le compró el pasaje y le entregó cien dólares. Cuando ocurrió eso, yo le dije. —Eso está bien de su parte. Me respondió: —Ella hizo igual cosa conmigo. Sus energías son inagotables. A menos de estar dormido, nunca se distingue. Rara vez permanece sentado más que unos pocos minutos, y durante esos momentos, sus ojos se mueven constantemente, mirando a su alrededor. Cuando llega a la habitación del hotel, lo primero que hace es sacar de sus bolsillos un mazo de cartas que coloca sobre la mesa, como un predicador hace con la Biblia. Hace solitarios hasta que lo vence el sueño. Excepto en momentos de gran aflicción, su ánimo es alegre. No le agrada conducir automóviles. —Uno no puede pensar sobre las ruedas de esa cosa maldita, dice.

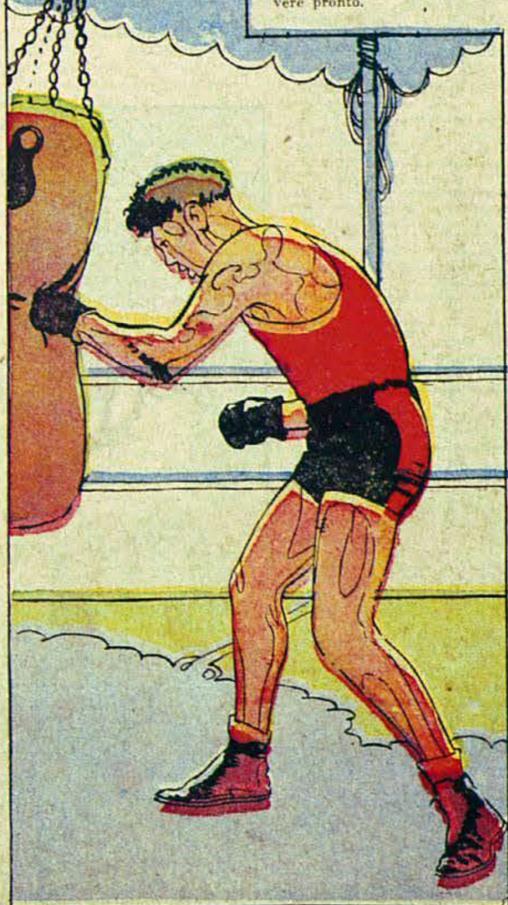
Un secretario generalmente maneja el vehículo. Cuando va solo, Dempsey se sienta en el asiento delantero, con un cigarrillo entre los labios. Si es que va acompañado por algún amigo, se arrinconan en el interior del automóvil, mordiéndose nerviosamente, pero rara vez fumando su cigarrillo. En esas ocasiones sus ojos empujefieren y su frente se agrieta ligeramente. Cuando da una orden, el secretario responde en tono respetuoso: —Muy bien, "campeón". Su automóvil se encontraba en California al final del último invierno. Un día arrojó su equipaje en el interior del mismo, y le dijo a su secretario: —Vamos a Nueva York. Y a pesar de la nieve, la humedad y el frío, a los diez días estaba allí. No existen penurias físicas para él. La carrera política estaba gastada cuando él subió al ring. El tenía valor, sin belicosidad, y tacto sin astucia. Cuando está mejor, es en la conversación rápida. Junto con el asistí al encuentro Schmeling-Stribling. Mientras se registraba golpe por golpe, sus hombros se agitaban. Entonces se había casado con Estelle Taylor, la actriz de cine. En asuntos como ese, su sentido del honor es alto. Cuando yo lo criticé reciamente desde una revista, hace siete años, me dijo: —Ha sido duro conmigo, Jim; pero la cosa no fue tan fácil con Willard. Teníamos muchos sitios a donde ir juntos. Y a pesar de que muchos de sus amigos salieron beligerantemente en su defensa, ese artículo jamás volvió a ser mencionado en nuestras conversaciones. Entonces se había casado con Estelle Taylor, la actriz de cine. Su vida fue una ironía monstruosa. Su dormitorio era de seda y cosas así. Cuando notó que mi vista contemplaba eso, absorta, dijo rápidamente: —Detesto la idea de hacer llegar aquí a los viejos amigos... van a querer besarme. Su esposa dijo: —Después de todas las penurias que ha sufrido Jack, quiero que viva confortable y agradablemente, rodeado de todas las comodidades. Lo quiero mucho... y esto suavizará la crueldad innata en él. También quiero que sea un hombre versátil, que sea capaz de hacer muchas cosas. Jack realmente puede actuar en escena y resulta muy bien en la pantalla. Hace mucho que se divorciaron.

La madre del pugilista, de más de setenta años de edad, es la pasión de su vida. Después de cada uno de sus encuentros de importancia, todos los cuales se celebraron a más de dos mil millas de donde ella vive, él marchaba a su encuentro dentro de la semana. Su hijo ha heredado su nerviosa vitalidad y energía. El nunca le discute nada. Difícilmente podría descubrirse la menor demostración exterior de afecto entre ambos. Juega a las cartas con ella cuando están solos. Y durante cada uno de sus viajes transcontinentales, que por lo menos son una docena al año, se detiene en Utah para verla. Cuando enfrentó a Willard por el campeonato, en Toledo, su joven hermana ejecutaba "Beautiful Ohio" con su violín, mientras aguardaban en casa conocer los resultados de la pelea. Sonó la campanilla, del teléfono. —Bien, mamá, venci — dijo Dempsey desde muy lejos — te veré pronto.

Terminada esta breve conversación, la madre del nuevo campeón se sentó cerca de la mesa cubierta de hule, permaneciendo en silencio largo rato. Estaba afilida. Hacía diez años que peleaba Jack. Su hijo mayor también había sido pugilista. Conocía a boxeadores que visitaran su casa. Y al saber la noticia de la victoria de su hijo, temió morir por la emoción que experimentaba. Los millones de dólares que a eso siguieron, le encontraron impasible. Ella no quería vivir en una mansión de Hollywood. Una pequeña casa de campo frente a las montañas de Wasatch es ahora su hogar. Tan horrible fue el castigo infligido por Dempsey a Willard, que sus entrenadores se horrorizaron. Con los ojos casi cerrados y el rostro hinchado hasta hacer imposible su reconocimiento, cayó al suelo de su cuarto de vestir, murmurando: —Dios, Dios, Dios, Dios mío! Sus segundos lo contemplaban enmudecidos. Hasta que al final uno le dijo: —Vamos Jess; todo ha pasado. El campeón vencido parecía llorar. Antes de que acabara de vestirse, Dempsey llegó hasta él. La visera de su gorra ocultaba sus ojos. Su brazo rodeó a su antagonista. —Olvíde esto, Jess — lo consoló —. Es cosa del juego. No podíamos vencer los dos. Willard mullió una frase sin rencor: —Gracias, Jack. Dempsey sonrió. —¿Así me gusta, Jess... todavía le queda mucha pelea. Willard había sido prácticamente deshecho ante una avalancha de golpes descargados con pavoroso acierto. Kid McCoy, dijo comentando lo que había visto: —Yo no hubiera podido resistir cinco rounds frente a Dempsey, si hubiera peleado contra mí de esa manera. Durante una comida, el día del encuentro entre Uzcudun y Baer, varios cronistas de diarios y coterráneos de Uzcudun rodeaban la mesa. Presidía el extinto Wilson Mizner. Los vascos trajeron botas de vino. En virtud de la peroración sentimental de Mizner, cada uno de los vascos allí presentes levantó su bota y se dedicó a volcar vino en la boca del orador con la científica precisión de un agente de policía disparando su arma contra una persona inocente. Cuando cesaron las carcajadas, Dempsey dijo solemnemente: —Muchachos, ustedes no muestran el respeto debido para Mr. Mizner. El tiene derecho a hablar, y esta es la última oportunidad que tenemos de escucharle reunidos. Debemos oírlo. Mizner se perdió rápidamente de nuevo en su selva de hipérbolos. "Somos, caballeros, los últimos de una magnífica escuela que pronto se clausurará por siempre. Con nosotros se irán los días de gloria pasada. Nos reunimos aquí en un instante fugaz para recordar momentos sin remordimientos, en ocasión feliz. Y aunque vivimos en el país en que el hombre es el carcereiro de su hermano, nosotros, por lo menos, somos un grupo de endurecidos viajeros entre las playas nebulosas de la eternidad. Pues hemos aprendido que...

"La amistad es una cadena de oro que nos ata a todos juntos; y si nunca rompemos esa cadena, seremos siempre amigos..." Antes jamás ví una reunión tan brillante. Repentinamente gritó: —¿Dios mío! ¿Se está quemando algo? Miró a sus pies. Uzcudun había encendido una fogata a sus plantas. Mizner dió un puntapié en el suelo y exclamó: —¡Ustedes son una tropa de bandidos y asesinos con navajas melladas! Sus madres no se envenenaron el día que nacieron ustedes, porque no había veneno en la casa.

La ola turbulenta en la vida de Jack Dempsey llegó en 1917, cuando Jack Kearns llegó a ser su manager. En ese entonces, a ser su manager. En ese entonces, a pesar de contar ya con más de siete años de ring, aun no era un pugilista extraordinario. Se había acordado entre ambos que Kearns percibiría el cincuenta por ciento de todo el dinero que ganara Dempsey. No se firmaron papeles. Jack Kearns había sido en un tiempo un mediocre peso "welter". De sus numerosas caídas en el ring, se había levantado con un cerebro astutísimo. Una especie de Tylerland. Típico irlandés, sentimental, cruel y amable, según el momento, conocía a fondo el oficio más encanallado del mundo. Con una penetración cercana a la genialidad, sabía con su puño cuadrado obtener lo que quería de hombres menos astutos que él. Superior al medio que lo rodeaba, este pugilista de otros tiempos mereció algo más que una mención de pasada en la historia de los golpes. El rompimiento se produjo cuando Dempsey se casó con Estelle Taylor. Kearns se oponía a la realización de esa boda. El pobre Dempsey pronto tuvo dos managers y una montaña de líos. El encontró pretextos para acabar con su compromiso verbal con Kearns. Pocos meses, antes de su primer encuentro con Tunney, me dijo: —Usted ve, estoy casado. Un reparto de cincuenta y cincuenta por cada cien, entre los dos, es demasiado. Debo preocuparme por mi esposa. Estelle, en aquellos días, ganaba de veinticinco a cincuenta mil dólares por año, como actriz de la pantalla. Dentro de ese año, Dempsey era enfrentado por Tunney, por el campeonato. Trabajó por mil medios por los abogados que tomara a su servicio Kearns, debía pagar caro su único error. Y hasta su mujer pronto iba a abandonarlo.



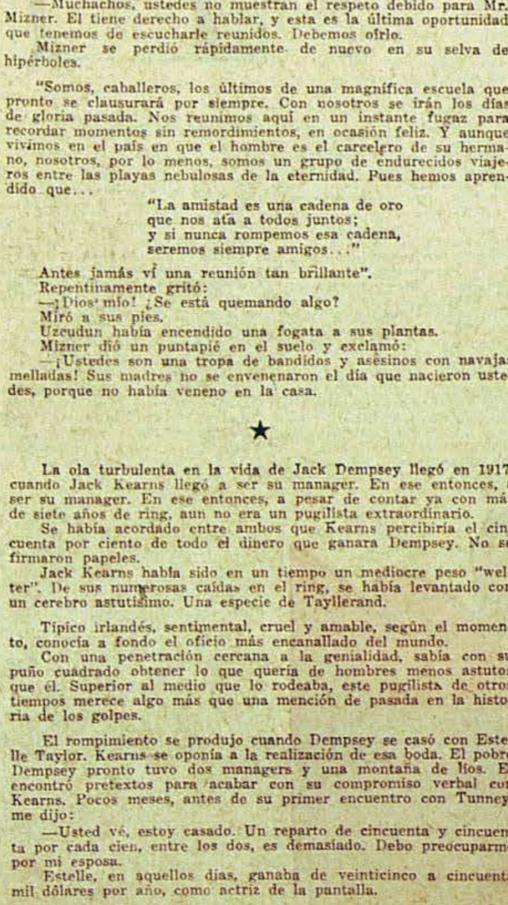
Ilustraciones de Rechain



Terminada esta breve conversación, la madre del nuevo campeón se sentó cerca de la mesa cubierta de hule, permaneciendo en silencio largo rato. Estaba afilida. Hacía diez años que peleaba Jack. Su hijo mayor también había sido pugilista. Conocía a boxeadores que visitaran su casa. Y al saber la noticia de la victoria de su hijo, temió morir por la emoción que experimentaba. Los millones de dólares que a eso siguieron, le encontraron impasible. Ella no quería vivir en una mansión de Hollywood. Una pequeña casa de campo frente a las montañas de Wasatch es ahora su hogar. Tan horrible fue el castigo infligido por Dempsey a Willard, que sus entrenadores se horrorizaron. Con los ojos casi cerrados y el rostro hinchado hasta hacer imposible su reconocimiento, cayó al suelo de su cuarto de vestir, murmurando: —Dios, Dios, Dios, Dios mío! Sus segundos lo contemplaban enmudecidos. Hasta que al final uno le dijo: —Vamos Jess; todo ha pasado. El campeón vencido parecía llorar. Antes de que acabara de vestirse, Dempsey llegó hasta él. La visera de su gorra ocultaba sus ojos. Su brazo rodeó a su antagonista. —Olvíde esto, Jess — lo consoló —. Es cosa del juego. No podíamos vencer los dos. Willard mullió una frase sin rencor: —Gracias, Jack. Dempsey sonrió. —¿Así me gusta, Jess... todavía le queda mucha pelea. Willard había sido prácticamente deshecho ante una avalancha de golpes descargados con pavoroso acierto. Kid McCoy, dijo comentando lo que había visto: —Yo no hubiera podido resistir cinco rounds frente a Dempsey, si hubiera peleado contra mí de esa manera. Durante una comida, el día del encuentro entre Uzcudun y Baer, varios cronistas de diarios y coterráneos de Uzcudun rodeaban la mesa. Presidía el extinto Wilson Mizner. Los vascos trajeron botas de vino. En virtud de la peroración sentimental de Mizner, cada uno de los vascos allí presentes levantó su bota y se dedicó a volcar vino en la boca del orador con la científica precisión de un agente de policía disparando su arma contra una persona inocente. Cuando cesaron las carcajadas, Dempsey dijo solemnemente: —Muchachos, ustedes no muestran el respeto debido para Mr. Mizner. El tiene derecho a hablar, y esta es la última oportunidad que tenemos de escucharle reunidos. Debemos oírlo. Mizner se perdió rápidamente de nuevo en su selva de hipérbolos. "Somos, caballeros, los últimos de una magnífica escuela que pronto se clausurará por siempre. Con nosotros se irán los días de gloria pasada. Nos reunimos aquí en un instante fugaz para recordar momentos sin remordimientos, en ocasión feliz. Y aunque vivimos en el país en que el hombre es el carcereiro de su hermano, nosotros, por lo menos, somos un grupo de endurecidos viajeros entre las playas nebulosas de la eternidad. Pues hemos aprendido que...

"La amistad es una cadena de oro que nos ata a todos juntos; y si nunca rompemos esa cadena, seremos siempre amigos..." Antes jamás ví una reunión tan brillante. Repentinamente gritó: —¿Dios mío! ¿Se está quemando algo? Miró a sus pies. Uzcudun había encendido una fogata a sus plantas. Mizner dió un puntapié en el suelo y exclamó: —¡Ustedes son una tropa de bandidos y asesinos con navajas melladas! Sus madres no se envenenaron el día que nacieron ustedes, porque no había veneno en la casa.

La ola turbulenta en la vida de Jack Dempsey llegó en 1917, cuando Jack Kearns llegó a ser su manager. En ese entonces, a ser su manager. En ese entonces, a pesar de contar ya con más de siete años de ring, aun no era un pugilista extraordinario. Se había acordado entre ambos que Kearns percibiría el cincuenta por ciento de todo el dinero que ganara Dempsey. No se firmaron papeles. Jack Kearns había sido en un tiempo un mediocre peso "welter". De sus numerosas caídas en el ring, se había levantado con un cerebro astutísimo. Una especie de Tylerland. Típico irlandés, sentimental, cruel y amable, según el momento, conocía a fondo el oficio más encanallado del mundo. Con una penetración cercana a la genialidad, sabía con su puño cuadrado obtener lo que quería de hombres menos astutos que él. Superior al medio que lo rodeaba, este pugilista de otros tiempos mereció algo más que una mención de pasada en la historia de los golpes. El rompimiento se produjo cuando Dempsey se casó con Estelle Taylor. Kearns se oponía a la realización de esa boda. El pobre Dempsey pronto tuvo dos managers y una montaña de líos. El encontró pretextos para acabar con su compromiso verbal con Kearns. Pocos meses, antes de su primer encuentro con Tunney, me dijo: —Usted ve, estoy casado. Un reparto de cincuenta y cincuenta por cada cien, entre los dos, es demasiado. Debo preocuparme por mi esposa. Estelle, en aquellos días, ganaba de veinticinco a cincuenta mil dólares por año, como actriz de la pantalla. Dentro de ese año, Dempsey era enfrentado por Tunney, por el campeonato. Trabajó por mil medios por los abogados que tomara a su servicio Kearns, debía pagar caro su único error. Y hasta su mujer pronto iba a abandonarlo.



Ilustraciones de Rodriguez

Perspicaces Disonancia

UNA noche en Londres, en el invierno de 1885, después de comer en casa de mis compatriotas el Dr. B. y su linda esposa, que me brindaron en ese momento gentil hospitalidad, fuimos juntos a un remate de cuadros en los salones del negociante a la moda. Allí encontramos, entre la brillante concurrencia, a otro compatriota que ha dejado merecida fama entre nosotros, por haber sido uno de los caballeros más cultos y refinados de su tiempo, acompañado de su mujer, dama que supo llevar durante años el cetro de la hermosura indiscutida. Mi amigo tuvo la suerte de adquirir a bajo precio una pintura del siglo XVIII, una chica en un bosque llevando un mazo de fresas, que fue después atribuida al celebre Northcote, discípulo y feliz imitador de Reynolds. Ofrecieron entonces a la subasta pública dos primeros retratos ovales, una dama y un caballero de pelo empolvado, cuya gracia versallesca hubiera completado el adorno de cualquier salita elegante. El compatriota que se nos había reunido, entusiasmado con aquellos retratos, iniciaba un gesto hacia el rematador, cuando la señora exclamó asombrada: —Pero, Julio, ¿cómo vas a comprar retratos de personas que no conocemos? Este grito de alarma paralizó el impulso entusiasta del mar-



rido, y el martillo del rematador cayó sobre otra postura. Tal vez la de algún pariente de los retratados.

Fatal Imprudencia

LA señora de Alomar tenía en realidad treinta y dos años, pero al salir de Buenos Aires con su marido, en viaje de regreso, declaró veintiseis en el pasaporte. —¿Para qué envejecerme — decía — si todo el mundo encuentra que no parezco más? —Tienes razón, hijita — contestaba el marido. Ya hacía varios meses que viajaba por Europa, cuando en Málaga, en una excursión a los alrededores, abrasada de calor, bebió un vaso de agua fresca, y contrajo una fiebre tifoidea que dió con ella en el cementerio. Cuando se produjo el fatal desenlace, el doctor Gómez Enciso, que la había atendido con inteligencia y abnegación, le decía al marido: —Es rarísimo que esta pobre señora, que ya había pasado los treinta años, según Vd. me dijo, haya contraído el tífus. —Pero doctor, ¿si se quitaba la edad? En el último pasaporte se puso veintiseis? —Y el médico, caviloso, murmuró: —¿Que imprudencia!



La Reina Victoria y el Vista de Aduana

HACIA 1891, la Comisión de Presupuesto declaró libre la importación de obras originales, y aplicó un derecho de entrada a las copias. En tales circunstancias, llega del extranjero un retrato al óleo de la reina Victoria, que aun proseguía el curso de su gracioso reinado. Pero si la ley de Aduana había experimentado una modificación, el personal de Vistas no había sufrido ninguna; los mismos que apreciaban antes la calidad del aceite, o del jabón, debían abocarse al problema, por demás técnico, de distinguir a ojo de buen cubero una obra de arte original de una copia. El Vista que se halló delante del retrato de la reina Victoria, debió quedar perplejo antes de tomar partido. ¿Mas le hubiera valido hacer la vista gorda; pero era menester decidirse a fin de aplicar el novísimo Arancel, y declaró gravemente que, siendo la reina Victoria el original del retrato, éste no podía ser más que una copia.



El Asombro

EL abate Doyennat, aquel día, vino a visitarme, como de costumbre, en traje talar, y al entrar en el salón de lectura del hotel, halló a un japonés leyendo. Le consideró un momento y le preguntó: —¿El señor es japonés? El interperado se levantó remoniosamente, le hizo una reverencia y contestó: —Sí, señor, soy japonés. —¿Así me parecía — agregó el abate reocejado —. Algo peculiar debe haber en ustedes, porque siempre los reconozco. —A un me pasa lo mismo con ustedes — repuso el japonés —; cada vez que los encuentro me digo a mí mismo: sacerdotote católico. —Perspicacia oriental — convino gravemente el abate Doyennat.

(De Eduardo Schiaffino)